

OTELLO, EL MORO DE VENECIA.

DRAMA TRÁGICO EN CUATRO ACTOS, EN VERSO,

ESCRITO

con presencia de la obra de

W. SHAKSPEARE,

POR

D. FRANCISCO LUIS DE RETES.

Estrenado en el teatro principal de Barcelona, á beneficio del primer actor y director D. Pedro Delgado, el 18 de Enero de 1868, y representado por primera vez en Madrid en el teatro de Variedades el 14 de Octubre siguiente.



MADRID:

IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO. 18.

1868.

PERSONAJES.

ACTORES.

MADRID.

BARCELONA.

DESDEMONA...	D. ^a MARIA RODRIGUEZ.	D. ^a MARIA ORTIZ.
EMILIA.....	D. ^a AMELIA CHAMAN.	
OTELLO.....	D. PEDRO DELGADO.	
IAGO.....	D. JOSÉ IZQUIERDO.	D. VICENTE JORDAN.
BRABANCIO...	D. RAFAEL JOVER.	D. MIGUEL CEPILLO.
MIGUEL CASIO.	D. ENRIQUE JÁUREGUI.	D. JOSÉ CRUZ.
RODRIGO.....	D. ÁNGEL MEDEL.	D. FRANCISCO DOMINGO.
EL DUX.....	D. NICOLÁS PASÇA.	D. JOSÉ MOREL.
LUDOVICO.....	D. LUIS TORRES.	

Senadores, magistrados, nobles, acompañamiento.

La accion pasa en el primer acto en Venecia; en los restantes en la isla de Chipre.—Año 1573.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria. El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Liricas de los Sres. Gallou e Huelatjo, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A PEDRO DELGADO.

Una singular coincidencia ha dado ocasión á que yo escriba este drama: en un mismo día y sin previo acuerdo el eminente actor que lloramos perdido, D. José García Luna, y el esclarecido autor D. Juan Eugenio Hartzenbusch, me aconsejaron que escribiera un *Otelo*, tomando por base el de Shakspeare. Consideré la empresa superior á mis facultades, temi, dudé, vacilé; pero al fin triunfó el deseo de trasladar á nuestro privilegiado idioma, la inmensa poesía que brota á raudales de la magnífica concepción del gran poeta inglés. ¿He acertado? Casi es seguro que no, ¿pero tenía la escena española antes de publicarse este drama un conocimiento, ni aun aproximado, de aquella sublime creación? ¿Logró Ducis dejar una sombra de ella? ¿Qué hubiera sido del trabajo de Lacalle sin el portentoso talento de Maiquez?

Creo por lo tanto que dentro de las exigencias de nuestro teatro, el drama que hoy se publica responde más que las obras anteriores al pensamiento de su autor.

Y ya que he procurado justificarme de la audacia que he tenido al reducir á nuestra escena una obra inmortal, quiero manifestar públicamente el agradecimiento que siente mi alma, á los que como el Sr. Hartzenbusch me han alentado y guiado con sus buenos consejos, y finalmente, á tí, que has sabido interpretar de tan admirable modo aquel inmenso cariño, aquel violento frenesí, aquella alma noble y religiosa, que si asesina es porque cree que se lo mandan su deber y su honor.

Acepta, pues, este trabajo con la sincera adhesión del que te lo dedica, y añadan los triunfos de Madrid una nueva hoja á la corona que dió á tu talento artístico el entusiasmo del pueblo de Barcelona.

Tu amigo de corazón,

Francisco Luis de Rojas.

Madrid 14 día Octubre de 1868.

ACTO PRIMERO.

Plaza en Venecia: al fondo puente sobre el canal: detrás el palacio del Dux: á la izquierda, el del senador Brabancio. Es de noche. Las ventanas del palacio del Dux están iluminadas por dentro.

ESCENA PRIMERA.

RODRIGO, IAGO.

Aparecen en escena embotagados en capas venecianas.

Rod. Digo que obrásteis muy mal, Iago!

Iago. ¡Pero ved, Rodrigo!

Rod. Siendo yo tan vuestro amigo, por qué ocultármelo!

Iago. ¡Hay tal!

Rod. Me dijisteis há un momento la ocasión, la empresa, el modo; eso prueba que de todo tuvisteis conocimiento.

Me ocultasteis su pasión, mientras yo, por vida mia, francos para vos tenía mi bolsa y mi corazón. Tal modo de proceder

disculpa no puede hallar.
IACO. Si no me dejais hablar
mal me podreis entender.
Noticias hasta hoy no tuve
de su amor, ni su proyecto;
ved, Rodrigo, si en efecto
con vos mal amigo anduve.
ROD. ¿No le aborreceis?
IACO. ¿Por Dios!
ROD. Eso do vos he creído.
IACO. Razon harta habeis tenido.
ROD. Le aborreceis?
IACO. Más que eso.
Es mi amistad fingimiento;
ladron fué de mi decoro,
por eso profeso al Moro
tenaz aborrecimiento.
Yo no sé si está agraviada
mi honra, mas la sospecha
llevo como aguda flecha
en mi corazón clavada.
ROD. ¿Que vuestra esposa os vendió?
IACO. Eso pienso.
ROD. Mas...
IACO. Rodrigo,
lo mismo piensa conmigo
Venecia.
ROD. No basta.
IACO. No?
fácil sois de contentar:
¿no llegais á comprender
que honra jamás puede haber
donde no la quieren dar?
ROD. Pero sin pruebas seguras,
sin una preuda; un testigo..
IACO. Muy poco vale, Rodrigo,
honor que anda en conjeturas.
ROD. ¡Infundado es vuestro afán!
IACO. No por eso le aborrezco
solamente. ¿No merezco
la banda de capitán?
ROD. Digno sois de tal honor,

que muy pocos á mi ver
como vos han de tener
la pericia y el valor.
IACO. El así no lo ha creído;
ese moro renegado
mis servicios ha olvidado,
y en mi lugar ha elegido
por su teórica ciencia
á un Casio, jóven guerrero
que sólo cursó el acero
en las aulas de Florencia.
Yo no; en sus campañas todas
como bueno le serví,
yo á su lado combati
en Malta, en Chipre y en Rodas.
Yo con él seguí el azar
sanguinario de la guerra,
ya sobre la haza de la tierra,
ya por las ondas del mar.
Los dos contra los infieles
con fortuna combatimos,
los dos la frente ceñimos
con los hélicos laureles.
¡Ah! por eso tanto aprecia
su bandera victoriosa
la magnífica y gloriosa
república de Venecia.
ROD. ¡Y es cierto! ¡por vida mia!
que la banda os niega hoy?
IACO. Si; tan sólo alferez soy
de la mora señoría.
Juzgad vos por lo que os digo
si debo estar descontento,
y si mi aborrecimiento
es fundado ó no, Rodrigo.
ROD. Yo... le abandonára.
IACO. Si;
pero no ha llegado el día.
ROD. Cómo?
IACO. Quiero todavía
servirle...
ROD. ¿Por qué?

laco. Por mí.
 Niuguno escogo su cuna,
 pero el alto y el pequeño,
 si tiene valor, es dueño
 de esclavizar la fortuna.
 Hay siervo imbécil que gimo,
 y aun cuando su sangre brota,
 besa el cordel que lo azota
 y la argolla que le oprime.
 Y amortiguado su aliento,
 agradece en su abyeccion
 la cerecnada racion
 que le sirve de sustento.
 Esos cuya dura pena
 sólo aflige á sus sentidos,
 esos... tienen merecidos
 el látigo y la cadena.
 Pero otros con sangre fria
 devoran su humillacion;
 en apariencia esos son
 más humildes todavía.
 Pero oculta esa apariencia
 un rencor que lucha y mata,
 y á su señor arrebatá
 el poder y la existencia.
 Lentas y tortuosas minas
 socaban bajo sus piés...
 para elevarse despues
 triunfantes sobre las ruinas.
 El mundo que los zahirió
 del triunfo les da la palma;
 esos siervos tienen alma...
 y de esos siervos, soy yo.
 ¡Desdémona!

Rod. Se ha prendado
 laco. de su tosca y negra tez.
 Rod. ¿Será posible?
 laco. Pardioz!
 en mente se ha trastornado.
 En tanto de vuestro amor
 burlada fué la esperanza:
 ¿por qué no tomáis venganza

de ese odioso seductor?
 Mirad, la noche es sombría,
 ocasion hay.

Rod. Es verdad;
 ¿qué he de hacer?

laco. Envenenad
 su ventura y su alegría;
 despierte el buen senador
 que yace del sueño en brazos,
 y recoja los pedazos
 que aún le restan de su honor.

Rod. No estará.

laco. No sé por qué.

Rod. El Dux por asunto grave
 llamó á consejo.

laco. ¿Quién sabe
 si estará?—¡Llamad.

Rod. Lo haré.
 (Se dirige á la puerta del palacio de Brabancio y llama.)
 Vivid alerta!—Mirad
 que vuestro rico tesoro
 os roban; que afrenta el Moro
 vuestra noble ancianidad.

ESCENA II.

LOS MISMOS, BRABANCIO, dos criados por el puente.

BRAB. ¿Qué es esto? ¿qué es lo que pasa?
 ¿por qué ese extraño rumor?

Rod. En dónde tenéis, señor,
 á vuestra hija?

BRAB. En mi casa!

laco. Ved si las puertas seguras
 están

Rod. Y el balcón cerrado.

laco. Mirad si os han arrancado
 cerrojos y cerraduras.

BRAB. Pero qué ..

Rod. Yo vi al galán.

BRAB. (Ap.) El rubar al rostro asoma!

ROD. Mirad que está la paloma
presa por el gavilán.
BRAB. ¡Insolentes!
ROD. Sobre mi
tomo, señor, la insolencia,
si vuestra magnificencia
encuentra á su hija.
BRAB. (Entrando.) ¡Aquí!
pronto! ¡luces!
IAGO. Registrad
la casa; no la hallareis,
y pronto os convencereis
de la terrible verdad.
BRAB. Del infierno mensajero
eres.
IAGO. No me santifico;
perdeis tiempo!
BRAB. (Entrándose.) Ludovico!
Lorenzo! Antonio! Rugiero!

ESCENA III.

IAGO, RODRIGO.

IAGO. Adios, Rodrigo; no creo
conveniente que me halle
el Moro aquí; yo vendré
con él la razon á darle;
dádsela á Brabancio vos.
ROD. Mas ved...
IAGO. Aún debo mostrarlo
su amigo, aunque el pecho abrigue
resentimientos mortales.
Cuando vuelva el senador
procurad encaminarle
á donde está.
ROD. Lo haré así.
IAGO. Adios, Rodrigo.
ROD. Él os guarde.
(Vase Iago por la derecha.)

ESCENA IV.

RODRIGO, BRABANCIO, CHUADOS con antorchas

ROD. ¡Buena comision por Cristo!
¡Él es!
BRAB. (Saliendo del palacio.)
¡Los cielos me amporen!
¡Oh, deshonrada vejez!
(Á Rodrigo.)
¡Ah, Rodrigo, perdonadme!—
Padre infeliz!...—¿So han casado?
¿Estais cierto?
ROD. Sí.
BRAB. ¡Oh, mudable
fortuna! ¡De qué manera
has cedido, mujer frágil!
¿De qué filtro envenenado
se habrá valido el infame
para vencer de ese modo
tu corazon indomable?
Rodrigo!—¿Cuán necio fui
cuando os negué... Mas quién sabe
donde están? (Á Rodrigo.) ¿Lo sabeis vos?
ROD. Lo sé.
BRAB. Al momento... ¡Llévadle!
ROD. Es poderoso...
BRAB. Yo más.
ROD. Ved no sufrais un desaire
en el Senado.
BRAB. Su crimen
es, Rodrigo, indisculpable:
nadie le defenderá.
ROD. Sed precavido no obstante.
BRAB. La tardanza me impacienta:
vamos, pues.
ROD. Venid.
BRAB. Guíadme.
(Vánselo por la derecha.)

ESCENA V.

OTELO, IAGO, CRIADOS por el puente.

IAGO. Señor, siempre ví á mis plantas,
en el ardor del combate,
á todos los que intentaron
probar mi valor aulaces.

OTELO. Bien lo sé.

IAGO. Pero no es propio,
general, de mi carácter,
clavar mi acero en un hombre
indefenso, anciano y padre.

OTELO. Bien hiciste.

IAGO. Sin embargo,
sus injurias fueron tales,
que á duras penas contuve
mi impaciencia al escucharle.
¿Cómo se atreve, decía,
un mauritano salvaje,
que abortó la Libia ardiente
de sus yermos arenales,
á unir con mi noble alcurnia
su condicion miserable?
Ved bien lo que hacéis, señor;
si con los lazos nupciales
vuestro amor legítimo
no está, no perdáis instante,
mirad que son en Venecia
las leyes inexorables.

Brabancio tiene poder
en el consejo; leales
deudos en los senadores;
el Dux le aprecia, y es fácil
que para siempre os arruinen
sus propósitos tenaces.

OTELO. No es posible, Iago, son
inútiles sus afanes.
¿Cómo se podrá olvidar
la gloria que en los combates
coronó mi frente? ¿Cómo

Venecia podrá olvidarse
de Malta, de Chipre y Rodas,
y del acero triunfante
que dió á la noble república
sus laureles inmortales?
Más alto hablarán mis hechos
por las tierras y los mares,
que una voz caduca y débil
que contra mí puede alzarse.
Y si el brillo de la cuna,
si el esplendor del linaje
aún tienen eco, daré
á sus locas vanidades
satisfacción tan cumplida
que no puedan replicarme.
Mecióso mi noble cuna
en soberanos alcázares,
y de monarcas de Oriente
corre en mis venas la sangre.
Bien puedo amar á la hija
de un senador, sin que nadie
tenga, por noble que sea,
de mi amor que avergonzarse.
Que si son altos mis hechos,
si son mis proezas grandes,
mis hechos y mis proezas
á mi cuna son iguales.
Alguno se acerca. Iago,
mira quién es.

IAGO. Es su padre.

rotiraos.

OTELO. No le cuadra
ni á mi honra ni á mi clase
el huir á su presencia.
Si es él, cúmpleme aguardarle.

ESCENA VI.

Los MISMOS, CASIO, OFICIALES por el puente.

- YAGO. ¡Por Jano! ¹ me equivoqué,
es Casio.
- OTELO. ¿Aquí qué le trae?
- IAGO. Lo ignoro.
- CASIO. (Llegando.) Mi general...
- OTELO. Casio...
- CASIO. Las albricias dadme.
- OTELO. ¡Albricias!
- CASIO. Dux y Senado,
magistrados, jueces, pajes,
hombres de armas y escuderos,
ostentando el estandarte
de San Marcos, en lujosa
comitiva á este paraje
se encaminan.
- OTELO. ¿Con qué objeto?
- CASIO. Por honraros.
- OTELO. ¿Por honrarme?
- CASIO. ¿qué causa?...
- CASIO. So han recibido
despachos muy importantes
de Chipre; la media luna
altiva vuelve á ostentarse; ..
contra Chipre cien galeras
el turco lanza á los mares.
Vos, señor, sois el más bravo
de todos los generales
de Venecia, y la república,
que fia en vos y no en balde,
os quiere honrar de ese modo,
como nunca se honró á nadie.
- OTELO. Yo bendigo á la fortuna
que en tan supremos instantes
obligaciones me impone

¹ By Janus I think no.

para mí tan agradables.
Pero consentir no puedo
que de tal modo me ensalce,
y en vez de aguardar, yo mismo
partiré... voy á buscarles...
Vamos.

- IAGO. Esperad, señor,
que llega por esta parte
gente con armas y antorchas;
mirad...

OTELO. ¿Si será su padre?

ESCENA VII.

Los MISMOS, BRABANCIO, RODRIGO, gente armada, criados con
antorchas por la derecha.

- IAGO. El padre es este, señor.
- OTELO. (Adelantándose.)
Delencos.
- ROD. (Á Brabancio.) Vedle allí,
Brabancio, ved al raptor.
- BRAB. ¡Ah!
(Á los criados.)
Prended á ese traidor!
- IAGO. (Desenvainando.)
Rodrigo! de vos á mí!
- OTELO. ¿Por qué razón, caballeros,
venis con fieras miradas
y en las manos los aceros?
responded!
- BRAB. Para prenderos!
- OTELO. Envainad esas espadas!
(Á Rodrigo.)
Es de noche y hace frío,
envainadla, señor mío;
vais á empañar la tersura
de esa hoja tan limpia y pura
con la humedad del rocío!
- ROD. ¡Ah!
- OTELO. (Á Brabancio.) Y vos los insultos fieros,
las imprecesiones vanas

contened, que á obedeceros
más no obligan vuestras canas
que esos desauados uceros.

BRAB.

¿Y mi hija?

OTELO.

Ved, señor!

BRAB.

¿Y mi hija? ¡La has robado!
¿Con qué veneno traidor
su pensamiento has turbado,
¡miserable seductor!
¿Cómo la altiva belleza
de Desdémóna podría
dar en tamaña flaqueza
á no turbar su cabeza
filtro vil ó magia impia?
¿Cómo el brillante crisol
de su sin par hermosura
mancha su limpio arrebol?
¿quién vió la lumbre del sol
unirse á la noche oscura?
Tú eres autor de sus males,
en tus redes infernales
presa fué su juventud,
con sortilegios mortales
profanaste su virtud!
¡Vive Dios!

OTELO.

Tened la mano.

Mi honor he visto ofendido
por primera vez en vano,
si tanto os he consentido
es que sois padre y anciano.
¡Por Cristo!

BRAB.

OTELO.

Advertiros quiero
que no hay en el mundo entero
quien me ofende, vive Dios!
mas sois su padre, y con vos
no tiene punta mi acero.
Si os creisteis agraviado
error disculpable fué,
que el amor os ha cegado;
mas ved que sólo daré
cuentas al Dux y al Senado.
No al que las viene á pedir

como vos.

BRAB.

¿Las vais á dar?

OTELO.

maniatado habeis de ir.
Ni vos lo habeis de intentar,
ni yo lo he de consentir.

BRAB.

Las ofensas á mi honor
yo las vengo solo. (A su acompañamiento.)

¡Sus,

amigos! á ese traidor!

OTELO.

(Desenvainando.)
Trofeo de mi valor
será quien se atreva!...

IAGO.

¡El Dux!

(Sale el Dux del palacio del fondo con una brillante
comitiva de senadores, magistrados y hombres de
armas que llevan antorchas en las manos. Uno de
ellos con el estandarte de Venecia que tiene el leon
de San Marcos: tres niños esclavos traen en bandejas
de plata, uno una magnífica espada, otro un baston
de general, y el tercero una banda. Al decir IAGO
«El Dux» todos envainan las espadas. El Dux, que
viene en medio de todos se adelanta á Oteló.)

ESCENA VIII.

Los MISMOS, el DUX, ACOMPAÑAMIENTO.

Dux.

¡Valiente Oteló! Con soberbia loca,
con audacia suprema, el otomano
al combate de nuevo nos provoca
sediento de la sangre del cristiano.
De su falso profeta el nombre invoca
para alcanzar el triunfo, pero en vano,
y en vano por la mar surcan ligeras
en helicoso alarde cien galeras.
Venecia á los combates preparada
y en las sangrientas lides aguerriada,
humillará la furia desbordada
de esa turba de infieles descreida.
Tomad al punto la gloriosa espada
en Rodas, Malta y Chipre enaltecida,
y mostrad á esos bárbaros infieles

que aún lozanos están nuestros laureles.

(Toma la espada de la bandeja y se la entrega. Ote-
lo se la ciñe.)

Y de ese brazo fuerte al poderío,
y de ese corazon al ardimiento,
tiemble cobarde el otomano impío
que hoy viene á amenazarnos turbulento.
Venecia dá una escuadra á vuestro brio;
partid, escarmentad su atrevimiento,
y vengad de una vez tantas afrentas
en las aguas del Hósforo sangrientas.
Eso Venecia á vuestro esfuerzo fia,
valiente general, sin par soldado,
y distinciones para vos envía
que á nadie sino á vos se han otorgado.
Hoy decreta la augusta señoría
que yo, el Dux en persona, y el Senado
para honraros, á vos nos acerquemos
y la insignia del mando os entreguemos.

(Cuélgale la banda y entrégale el bastón. En cuanto
Ote-lo le ha tomado Brabancio se adelanta.)

BRAB. ¡Supremo honor á nadie concedido!

el Senado y el Dux, por recompensa
al mérito que en vos han conocido,
hoy os confieren honra tan inmensa.
Como el valor la patria ha distinguido
la patria así castigará la ofensa,
en su balanza por igual midiendo
la preclara virtud y el vicio horrendo.

DEX. ¿Sois vos, noble Brabancio? Deseada
vuestra presencia ha sido en el Senado,
pero hallé vuestra silla abandonada.

BRAB. Al peso de los años agobiado
busqué, señor, con impaciencia el lecho
y hallé muerto mi bien, mi honor hollado.
¡Ah! si la ley no ampara mi derecho,
si ántes que luzca el sol no estoy vengado...

DEX. Explicaos, señor.

BRAB. ¡Dux de Venecia,
se mancilla mi honor y se desprecia!

DEX. Vuestra hija ..

BRAB. No la tengo. —Seducida

con amorosos filtros y venenos,
abandonó la paternal guarida
y mis brazos dejó por los ajenos.

DEX. Juro por el supremo poderío
que en mis manos está, que aun cuando fuera
Brabancio, el seductor el hijo mío,
la ley inexorable se cumpliera.
Á vuestra mano la justicia fio,
la sentencia dictad, blanda ó severa,
y sin mancha dejad vuestro decoro:
¿quién es el seductor?

BRAB. (Señalando á Ote-lo.) ¡Miradle!
TODOS. ¡El Moro!

DEX. ¿Qué decis?

BRAB. Es el Moro!

DEX. ¡Vuestra mente
delira!

BRAB. ¡El Moro es!

DEX. (Ap.) ¡Trance funesto!

BRAB. El es el seductor, el deliniente,
ved en su rostro el crimen manifiesto;
¡vedle! ¡miradle!

DEX. (Á Ote-lo.) General, ¿qué es esto?
(Momento de silencio.)

OTEL. Poderosos, magníficos señores,
nada ha habido en el mundo que me afreute
jamás; de vuestras leyes los rigores
sufran los criminales y traidores;
para mí... condenadlas al olvido,
que ni traidor ni criminal he sido.

BRAB. ¿Qué dice?

OTEL. La verdad: ¿qué ley odiosa
de la pasión el mágico ardimiento
quiere apagar? ¿qué mano poderosa
quebranta la cadena misteriosa
con que une Dios, por celestial portento,
dos almas en un sólo sentimiento?

BRAB. Mi hijal...

OTEL. Vuestra hija es hoy mi esposa.

BRAB. Tú la engañaste!

OTEL. Por el cielo juro
que libremente me entregó su mano.

BRAB. Merced á mágia vil ó encanto impuro
por oculto poder.

OTELO. No es cierto, anciano.

BRAB. ¿Con qué podrás probarnos tu inocencia?

OTELO. ¿Con qué podré, señor? Con su presencia.

BRAB. ¿Con su presencia?

OTELO. Sí; mas de tal suerte,
que si ella no me acusa,
si la misma Desdémoma me acusa,
yo con mis manos me daré la muerte.

DUX. Conducid á Desdémoma á este punto.

OTELO. Anda á buscarla, Iago.

(Vase Iago con algunos oficiales por la derecha.)

Oid, señores,

(Á Brabancio.)

y vos tambien, señor, oid en calma
con qué filtros infames y traidores
el fuego celestial de los amores
penetró en el santuario de su alma.
Os escuchamos.

DUX. Amistad sincera,
que ya me niega avara la fortuna,
con su padre, señor, me unió algun dia.

OTELO. De mi vida la historia verdadera
anhelaron saber, y una por una
las penas que sufrí les referia.
Los combates sangrientos,
de la guerra los vastos funerales,
la lucha de los bravos elementos,
de la mar los desastres turbulentos,
del desierto sin fin los arenales.
Los contrarios azares de la suerte,
ya próspera, ya adversa; el desvarío
á que se entrega el corazón más fuerte
y que apaga el aliento más bravío,
al sentir en la frente el soplo frío,
el hábito espantoso de la muerte.
Yo les dije tambien que llegó un dia
en que vencido nuestro esfuerzo bravío
muerto mi padre por la guerra impía,
sojuzgada miré la patria mía
y arrastré la cadena del esclavo.

Luego, rotos mis hierros, anhelante
fragosas selvas, elevados montes
crucé, viajero errante,
buscando más risueños horizontes.
Y torné á atravesar los mares ruidos,
y me interné por lóbregas cavernas,
y con mi planta hollé montes desnudos
coronados de nieves sempiternas.
En tanto, noble Dux, sabéis qué hacia
Desdémoma? anhelante me escuchaba,
al poder de mi voz se estremecía,
su corazón del pecho se saltaba,
y quería llorar, y no podía.

Una noche me dijo:—«En la memoria
vuestras hazañas conservar quisiera,
Ótelo, repelidme vuestra historia.»
y torné á referir mi historia entera:
y siempre que mi labio relataba
ó grave riesgo ó misero quebranto,
á sus divinos ojos asomaba
contenido raudal de tierno llanto.
Lágrimas que cayeron como fuego
al fin sobre mi mano, llanto ardiente,
bálsamo bienhechor, que curó luego
de su honda herida al corazón doliente.
Yo me arrojé á sus plantas, yo la intenciosa
pasión de mi alma y ciego desvarío
confesé de mi amor, y en recompensa
su amante corazón se entregó al mío.
Por los peligros que arrostré lloraba,
su llanto el corazón me estremecía,
ella por desdichado me adoraba
y yo porque mis penas comprendía.¹
Los riesgos que he corrido,
los trabajos, los duelos, los quebrantos,
y el purísimo amor que en mí ha nacido,
esos, señor, mis crímenes han sido,
esos, señor, han sido mis encantos.

1 She lov'd me for the dangers I had pass'd
And I lov'd her, that she did pity them.

ESCENA IX.

Los MISMOS, DESDÉMUNA, con traje blanco y velo. IAGO y oficiales.

DUX. (Á Brabancio.)
Tan tierna y noble pasión
hasta el alma me ha llegado,
si no te habeis perdonado
sois hombre sin corazón.
BRAB. Aún el fallo no pronuncio;
mi hija llega; si como él,
también ella le ama fiel,
á mi venganza renuncio.
(Ap.) Veremos si en mi presencia
muestra el amor de su pecho.
(Á Desdémuna.)
llega! ¿quién tiene derecho
á vuestro amor y obediencia?
DESD. Obedeceros y amaros,
padre, me ha mandado Dios,
que os amo, lo sabeis vos
y no podeis engañaros.
El cariño poderoso
que os tengo en mi pecho vive,
pero Dios no me prohíbe
amar también á mi esposo.
Vedle aquí.—Miradnos, padre,
á vuestras plantas los dos,
también por amor á vos
dejó á su padre mi madre.
BRAB. Alzad. (Ap.) ¡Oh muerta esperanza!
(Al Dux.)
Dux, ¿qué noticias son esas?
¿el turco á nuevas empresas
contra Venecia se lanza?
Dux. ¡Qué rencor reconcentrado
en el pecho se guarece!
BRAB. No, tratemos si os parece
de los asuntos de estado.
Dux. Mas...

BRAB. (Al Dux.) Permitid que os exija
cuando su pérdida lloro
que sea en secreto.

(Alto, á Oteio.) Moro,
eres dueño de mi hija.
Su voluntad no se tuerza,
mas no creas, desdichado,
que te la doy de buen grado,
si cielo, cedo por fuerza.

OTEIO. Señor!...

DESD. Padre!

BRAB. No; apartad.

DESD. Nos negais vuestro perdón!

Dux. Duro es vuestro corazón.

BRAB. Sí, sí; es verdad, es verdad;
pero... mi pecho, agobiado
del dolor... por los extremos
no... puede... señor, tratemos
de los asuntos de estado.

Dux. El turco intenta humillar
nuestras gloriosas banderas,
y ha lanzado cien galeras
contra Chipre por el mar.
Nada hay que á Chipre defienda
como vuestra valentia,
por eso la señoría
su gobierno os encomienda.
Por eso, por gran merced,
por honra muy señalada,
os dió el Dux esa espada,
partid, legad, y venced;
Venecia ese acero os dá
Venecia sabe con gloria
que prenda de la victoria
rayo de muerte será.

OTEIO. Desde que vine a la tierra
á luchar con la fortuna,
me arrullaron en la cuna
los cánticos de la guerra.
Jóven, del monte fui asombro;
pues por el monte y el llano
iba, la flecha en la mano

pendiente el carcax al hombro,
 buscando en los peñascales
 las guaridas de las fieras,
 luchando con las panteras,
 los tigres y los chacales.
 Ó ganoso de botín
 llevaba el triunfante acero
 contra el enemigo fiero
 del uno al otro contin.
 Al escucharos, señor,
 me estremezco de placer,
 y siento en mi renacer
 mi antiguo y bélico ardor.
 ¡Fuego por mis venas surca!
 ¡juro clavar el divino
 líbaro de Constantino
 sobre la mezquita turca!

DUX. Y Venecia premiará
 vuestro triunfo generosa;
 entre tanto, vuestra esposa
 con su padre vivirá.

BRAB. Eso no es posible.

DESD. ¡Oh!
 ¿le he dado acaso mi mano
 estando el riesgo cercano
 para abandonarle? no.
 Cuando el glorioso laurel
 ciña su frente arrogante,
 su esposa como él triunfante
 le compartirá con él.

OTELO. Y al mirarte al lado mio
 infundirá tu hermosura
 al corazón más bravura,
 y á mi brazo mayor brío.

DUX. Consiento pues.—Pero corta
 tregua, general, tenéis,
 que esta noche partireis.

OTELO. Esta noche?

DUX. Sí.

OTELO. No importa.

(Á Desdémona.)

Perdona si á amor no pago

la deuda que amor reclama,
 pero la patria me llama;
 despues partirás coningo.
 Padre!

DESD.

BRAB.

DESD.

DUX.

Apartal

Sois cruel!

Bien puede vuestra nobleza
 doblégarse sin flaqueza
 á un amor tan puro y fiel.
 La virtud, hija del cielo,
 es la belleza mayor;
 ¿quién se compara, señor,
 en belleza con Otelo?

(Dirigirse por el puente al palacio: síguete el acompañamiento.—Brabancelo se queda un poco detrás.)

BRAB.

(Á Otelo.)

Moro, aunque poco te cuadre,
 acércate y oye.—Dí:
 ¿no puede engañarle á tí
 como ha engañado á su padre?

OTELO.

Por su fe mi vida obligo.

BRAB.

Ridícula confianza! (Sigue al Dux.)

OTELO.

Desdémona, el tiempo avanza,
 sígueme, pues.

DESD.

Ya te sigo.

(Váase por la derecha)

ESCENA X.

RODRIGO, IAGO.

ROD. ¡Iago!

IAGO. ¿Qué?

ROD. ¿Á que no acertais
 en qué pienso?

IAGO. En acostaros?

ROD. En tirarme al mar!

IAGO. Y ahogaros?

¿y con eso qué lograis?

ROD. Si se pierden en la vida
 la esperanza y la ventura,
 toda dolencia se cura

IAGO. con una mano atrevida.
¡Cobardel llevo en el mundo
ocho lustros sin cesar
luchando por aclarar
el misterio más profundo
de la vida, el egoísmo:
¡ah! yo os juro por mi nombre
que hallar no he podido un hombre
que sepa amarse á sí mismo.
¡Morir! ¡insigne flaqueza!
y por quién! ¿tenéis dinero?
si le tenéis, altanero
levantad vuestra cabeza.
Venid á Chipre... yo os fio
que en Chipre, allí... ya vereis
¿Á Chipre?

Rod.
IAGO.

Mas no llevéis
vuestro bolsillo vacío.
Toda jóven es voluble;
frívolo él; fuerza será
que ella cambie... y cambiará:
ese lazo indisoluble
que se imaginan eterno
se romperá, lo adivino;
vos, buscad mejor camino
para bajar al infierno.
Perseguidla, deshonoradla,
que el mundo sepa la gloria
que alcanzais con tal victoria,
y despues... abandonadla.
Ved que si lo haceis así,
premio habrá para los dos;
la ventura para vos,
la venganza para mí.

Rod.
IAGO.

¡Ah! tenéis razon, y espero...
Me jurais vivirl

Rod.
IAGO.

Lo juro.
Y partireis de seguro
mañana?

Rod.
IAGO.

Sí ..
Bien: infiero
que es recurso más sencillo

el que os propongo.

Rod.

Lo es.

Hasta mañana.

IAGO.

Adios, pues;
no os olvideis del bolsillo.
(Vase Rodrigo por la izquierda.)

ESCENA XI.

IAGO.

¡Imbécil á mi voz cedes
y á todo haré yo que accedas!
¿no conoces que te enredas
de mi designio en las redes?
No conoces que mi acento
subyuga, fascina, abruma;
que vos como leve pluma
que vuela á merced del viento!
¡Pensaste, por Belcebú,
que á no ser tu causa mia,
el tiempo malgastaria
con un necio como tú!

(Momento de silencio.)

Con toda mi alma odio al Moro!
la lengua del vulgo cuenta
que de él recibí una afrenta:
¿será cierta ó no? lo ignoro.
Mas de ese suceso oscuro
la verdad no he de aclarar,
que á mí me conviene obrar
cual si estuviera seguro.

(Reflexiona.)

Obléngo su estimacion:
eso es mucho: me conviene
la plaza que Casio tiene:
la alcanzará mi teson.
Pero .. ¿cómo? ¿no lo sé!
con la astucia y la mentral
Casio!... Desdémón!... Inspira
mi mente, infierno! Podré?...
no; pero en Chipre... allí sí.

¿Cómo? ¡tal vez... tal vez sea...

¡Dame una idea, una idea,

genio del mal!

(Dándose una palmada en la frente.)

¡Ya está aquí!

(Embózase y dirígese al canot, donde lo espera una góndola.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en el palacio del gobernador de Chipre. Galería
al fondo. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

IAGO y CASIO.

(Iago está sentado en un sillón. Casio sale por la galería.)

IAGO. Dios os guarde, capitán.
Mal os ha probado el suelo
de Chipre.

CASIO. ¡Pluguiera al cielo
que me matára mi afán!

IAGO. ¿Tan grande es vuestra aflicción?

CASIO. Tanto que me vuelve loco.

IAGO. ¿Y por qué?

CASIO. Os pareco poco
perder mi reputación?

IAGO. Herida... mortal.

CASIO. ¿Y es nada?

IAGO. Más vale toda la vida
tener abierta esa herida
que un minuto una estocada.

CASIO. ¡Yago! me cegó el furor.

IAGO. Referidme cómo fué?

CASIO. Si yo mismo no lo sé;

aque! insulto... el licor...
 ¿Mas vos no lo visteis?
 IAGO. Sí,
 pero el motivo le ignoro
 CASIO. V! ofendido mi decoro;
 un hombre se llegó á mí
 y me dijo... no lo sé.
 IAGO. Mas le conocisteis?
 CASIO. No;
 sólo vi que me insultó
 y yo ciego le ataqué.
 IAGO. Habéis sido un insensato:
 el licor...
 CASIO. Él me ha perdido.
 IAGO. Tal vez la causa haya sido
 de vuestro ciego arrebato.
 Por él comenzó el motin,
 la ciudad se conmovió,
 y aunque al fin se apaciguó
 vos fuistéis la causa al fin.
 CASIO. Harto lo he visto despues.
 IAGO. Y cuál es vuestra intencion?
 CASIO. Vengo á pedirle perdon,
 vengo á arrojarle á sus piés;
 él de clemente blasona
 y confio en su clemencia.
 IAGO. Grave fué vuestra imprudencia.
 CASIO. Creéis que no la perdona?
 IAGO. No sé, mas se me figura
 que es más sensato y mejor
 buscar remedio al dolor
 que no dar en la locura
 á fuerza de cavilar.
 CASIO. Mi mal, qué remedio tiene?
 IAGO. Pensar en eso conviene
 y por vos voy á pensar. (Reflexiona.)
 No debeis á Ote!o ver,
 pues tal vez inútil sea.
 CASIO. ¿Qué estais diciendo?
 IAGO. ¡Oh! qué idea!
 id á ver á su mujer.
 CASIO. Á Desdémoma!

IAGO. Su vida
 por su padre al vuestro dió,
 ella con vos se crió,
 y eso, Casio, no se olvida.
 CASIO. ¿Creéis que conseguirá?...
 IAGO. Al encanto de su ruego
 el general de amor ciego
 al fin os perdonará.
 Pongo al cielo por testigo
 que es feliz el desenlace.
 CASIO. Vuestro consejo... me place.
 IAGO. Es un consejo... de amigo.
 CASIO. Lo es.
 IAGO. Habladla al momento,
 ahora.
 CASIO. ¿Y cómo será?
 IAGO. (Señalando á la puerta de la izquierda.)
 Mirad, Desdémoma está
 con mi esposa en su aposento.
 CASIO. Propicia ocasion.
 IAGO. Sí tal.
 Vereis cómo habla por vos.
 CASIO. Sin duda os inspira Dios.
 IAGO. Sin dudal
 CASIO. (Dándole la mano.) ¡Amigo leall
 (Éntrase en el aposento de Desdémoma.)
 IAGO. Dicen que del cnemigo
 el consejo; ¡gran error!
 no es más sincero y mejor
 el consejo del amigo?
 (Aparece Rodrigo por la galería.)

ESCENA II.

RODRIGO, IAGO.

IAGO.] Rodrigo! juntos están,
 al fin le pude atraer.
 ROD. ¿Qué decis?
 IAGO. Que la va á ver.
 ROD. ¿Cómo?
 IAGO. (Señalando al aposento de Desdémoma.)

ROD. Allí está el capitán.
 Ya lo veis; os sigo ciego,
 tal vez me pese algún día.

IAGO. Rodrigo! Por vida mía!
 desconfiais?

ROD. No lo niego.
 Decid, ¿por qué su razón
 con el licor trastornasteis?
 Decid, ¿por qué me obligasteis
 á insultarle?

IAGO. Todos son
 hilos de la red que tiendo
 á la ventura, honra y fama
 del general; oh! la trama
 es sutil!

ROD. No la comprendo.
 IAGO. ¿Vos la queréis comprender?
 ¿Para qué?

ROD. ¿Por vida mía!
 IAGO. ¿En su virtud todavía
 creéis?

ROD. Pues no he de creer?
 se adoran con ciego afán.

IAGO. (Riéndose.)
 Eh! eh? eh!

ROD. ¿Qué decis?
 IAGO. Nada.

ROD. Pues qué! ¿no está enamorada?
 IAGO. Sí, lo está del capitán.
 ROD. Amor; Otelo la inspira
 amor...

IAGO. Gentil sentimiento;
 se ha enamorado de un cuento,
 y un cuento es una mentira.
 Es capricho, no es pasión,
 ¿qué ha de inspirar, por mi nombre!
 ese africano, ese hombre,
 que es más negro que un tizon!
 Sólo se rinde al anhelo
 de su juventud velicamente,
 cuando ese capricho ardiente
 desaparezca ¡ay de Otelo!

ROD. De modo que es vuestro plan...
 IAGO. Quiero, su ardor mitigado,
 que vea siempre á su lado
 á un joven gentil, galán,
 apuesto, tierno y amante,
 á cuya airosa presencia
 compare la diferencia
 del uno al otro semblante.
 Veréis ese amor eterno
 cual cede, y eso logrado...
 nada más; del resultado
 ya se encargará el infierno.

ROD. Sin embargo...
 IAGO. ¿Aún lo dudáis?
 ROD. Que os equivocáis racelo,
 separándole de Otelo
 do su mujer le alejais.

IAGO. Antes pienso se asegura
 nuestro intento.

ROD. ¿Cómo, pues?
 IAGO. ¿Olvidáis el interés
 que inspira la desventura?
 de su poder satisfecha,
 con ardor, con vivo anhelo,
 rogará por Casio á Otelo;
 yo engendraré la sospecha
 en su corazón. La muerte
 de Casio, cierta imagino;
 si no la ampara el destino
 sufrirá ella la misma suerte.

ROD. ¿La misma suerte á los dos?
 ¿entonces, qué he de esperar?
 IAGO. Ella se querrá salvar,
 querrá huir.

ROD. Y huye...
 IAGO. Con vos.

ROD. ¿Y si Otelo, que blasona
 de clemente y generoso,
 siendo en Chipre poderoso,
 su falta á Casio perdona?
 IAGO. Ó se queda Casio, ó no:
 si se queda, ayuda al plan,

si no... falta un capitán
y pudiera serlo yo.
ROD. ¡Me asombro!
IAGO. No tengáis duda.
ROD. Un abismo es vuestra mente.
IAGO. Obedeced ciegamente,
que el egoísmo os ayuda.
ROD. Admirable es vuestro plan;
fué capitán, fué su amigo.
IAGO. Ya lo veis, ya no es Rodrigo
ni amigo, ni capitán.
El perdón busca por ella,
y si chocan, como espero,
el pedernal y el acero...
ya saltará la centella.
Oigo ruido, cada cual
vaya á cumplir su misión;
vos á esperar la ocasión,
y yo á ver al general.
(Váase, Rodrigo por la galería del fondo, Iago por
la derecha. Salen por la izquierda Casio, Desdémona
y Emilia.)

ESCENA III.

DESDÉMONA, CASIO, EMILIA.

CASIO. Ese, señora, es mi anhelo.
DESD. Y yo, capitán, os digo,
que vuestro perdón me obligo
á alcanzar.
CASIO. ¡Pluguiera al cielo!
DESD. ¡Ah! no perdáis la esperanza,
no; que su alma generosa
nunca dió abrigo á la odiosa
ruin pasión de la venganza.
Además, confío en Dios,
en que al veros... Cuando os vea
os perdona: él lo desea
tal vez tanto como vos.
CASIO. Pero su severidad
se prolonga de tal modo

que estoy dudando de todo.
DESD. Ese temor desechad.
Delante de Emilia os juro
que no he de rogarle en vano,
él mismo os dará la mano,
capitán, yo os lo aseguro.
Vos no sabéis el poder
para calmar los enojos
que tienen los dulces ojos
conque ruega la mujer.
Y si, lo que yo no creo,
á mi ruego se negase
y mi esposo se obstinase
en no cumplir mi deseo,
tanto le atormentaré,
que al cabo lo he de lograr;
vuestro nombre sin cesar,
capitán, repetiré
en el paseo, en la mesa;
que si su enojo se excita,
cuando conmigo se irrita
el enojo pronto cesa.
No ha de ceder mi constancia
hasta verlo conseguido,
que yo, Casio, nunca olvido
los recuerdos de la infancia.
Contad, pues, con su indulgencia.
EMILIA. Aquí viene Otelo.
CASIO. Ahora!
DESD. Quereis hablarle?
CASIO. Señora,
me turbaré en su presencia.
DESD. Partid, Casio. Ved que van
á Otelo á pedir por vos.
CASIO. Señora... os lo premie Dios.
DESD. Él os guarde, capitán.
(Váase Casio por la galería.—Salen Otelo y Iago.
Otelo leyendo unos papeles, derecha.)

ESCENA IV.

DESDÉMOMA, EMILIA, OTELO, IAGO.

IAGO. Esto me disgusta.
 OTELO. ¿Qué?
 IAGO. Nada.
 OTELO. ¿Qué te desagrada?
 IAGO. Señor, si no he dicho nada;
 ¿he hablado?
 OTELO. Sí.
 IAGO. Pues no sé.
 OTELO. ¿No es aquel Casio?
 IAGO. ¿Aquel?
 OTELO. Sí.
 IAGO. No señor, no es natural
 que huya de vos, general,
 al acercaros aquí.
 Más conviene á su interés
 alzar la frente serena,
 porque huyendo se condena
 él mismo.
 OTELO. Pues Casio es!
 DESD. Oteló; de este aposento
 sale en este mismo instante
 un mísero suplicante
 lleno de arrepentimiento
 por su falta: su aflicción
 sincera me ha conmovido
 tanto, que le he prometido
 el olvido y el perdón.
 Sé que en tu alma generosa
 el rencor nunca reside,
 perdónale, te lo pido
 por grande favor tu esposa.
 No seas severo juez,
 en tu corazón confío,
 ¡quién no falta, Oteló mio,
 quién no falta alguna vez!
 OTELO. ¿Quién es?
 DESD. Casio.

OTELO. ¿Casio?
 DESD. Sí;
 ta extraña?
 OTELO. No.
 DESD. Si le vieras
 su dolor compadecieras.
 OTELO. ¡Te ha compadecido á tí!
 Desdémoma! eres mujer
 y blando tu corazón.
 DESD. ¿Conque otorgas su perdón?
 OTELO. No.
 DESD. Que no!
 OTELO. No puede ser.
 Sólo que ha obrado sin malicia,
 que es además buen soldado,
 mas quebrantar no me es dado
 las leyes de la milicia.
 DESD. ¿Quién aquí leyes te impone?
 OTELO. Mi deber.
 DESD. ¡Ah! tu deber
 no puede mandarte ser
 tirado.
 OTELO. Que le perdona
 ahora no intentes.
 DESD. No soy
 tan caprichosa, yo espero
 que ahora trisimo, no.
 OTELO. No.
 DESD. Pero...
 ¿prometes que sea hoy?
 OTELO. Tampoco.
 DESD. ¿Y mañana?
 (Señal negativa de Oteló.)
 Es vano
 mi ruego... y yo que hice tarde...
 OTELO. Nunca para el bien es tarde.
 DESD. Más vale hacerlo temprano. 1

1 Conveniencias teatrales me han obligado á variar la le-
 tialma súplica que Shak-spara pone en boca de Desdémoma: pido
 la absolución de esta falta: en cambio, y para que no desapa-

Si al fin y al cabo ha de ser,
para qué alargar su ponn?
¿por qué siendo tu alma buena
no lo quiere parecer?
Le tienes que perdonar
hoy mismo, no me lo niegues;
cuando tú, Oteho, me ruegues,
nada te sabré negar.

OTEHO. Es un eden eucantado
de tu acento la armonía;
dile, Desdémoma mía,
dile que está perdonado.

DESD. ¡Ah! ¿conque al fin cedes?

OTEHO. Sí.

DESD. No sientas, no, ser clemente,
que no lo hago solamente
por él.

OTEHO. ¿Pues por quién?

DESD. ¿Por tí?

OTEHO. Por mí!

DESD. Por los tres, esposo:
por él, que al ver nuestro amor,
calmar intentó el furor
de mi padre rencoroso.
¡Por mí! Vivió cuando niño
conmigo; ¡qué triste historial
y aun conservo la memoria
de nuestro infantil cariño.
Por tí tambien, porque al cabo,
ver siempre á tu lado quiero
ningo tan verdadero
y oficial tan digno y bravo.
En cambio de tal favor,
yo me rindo á tu albedrío,
pruebas pide, Oteho mio,

resca de la obra, se inserta á continuación:

Why then, to-morrow-night: or Tuesday morn:
Or Tuesday noon, or night: or Wednesday morn;
I pray thee, name thee tilmo; but let it not
Exceed three days:

pide pruebas á mi amor.
Que si á pedir las empiezas
sacrificios mi amor loco
hará... pero eso es muy poco!
sacrificios... más... proezas!

OTEHO. Por tí alcanzó su perdon;
dale, Desdémoma, aviso
que no se inquiete; es preciso
encontrar una ocasion
que parezca natural;
aguardemos ese instante.

DESD. Cual cumpliste como amante,
cumple como general;
mas no lo olvides.

OTEHO. Me obligo.

DESD. Yo te aguardo en mi aposento.

OTEHO. Iré dentro de un momento
á reunirme contigo.

(Vase Desdémoma por la izquierda.)

ESCENA V.

OTEHO, IAGO.

OTEHO. Que Dios su gloria me niegue
si no te amo con locura;
si saliera de mi pecho
tu amor, que no saldrá nunca,
el caos me envolvería
en su oscuridad profunda.

IAGO. Señor, hablaros deseo.

OTEHO. ¿Qué quieres?

IAGO. Me preocupa
un pensamiento.

OTEHO. ¿Qué dices?

IAGO. Y en vano mi mente pugna
por desocharle.

OTEHO. ¿Cuál es?

IAGO. ¿Tenía noticia alguna
Casio de vuestros amores?

OTEHO. Sí: ¿por qué me lo preguntas?

IAGO. Desde cuándo?

OTELO. Desde el punto en que cegué á su hermosura hasta nuestra union. ¿Por qué de esos detalles te ocupas?

IAGO. Sin objeto. Un pensamiento fugaz que en mi mente cruza. ¿Conque ya los conocia?

OTELO. Si, Iago, si; y veces muchas fué testigo misterioso de mi amor y su ternura.

IAGO. ¿De veras?... ¡ah! sí, de niño vivió con ella.

OTELO. ¿Qué! ¿dudas de su virtud?

IAGO. ¿Su virtud? la de Casio?
(Momento de silencio.)

OTELO. Algo me ocultas!
(Repentinamente.)
¡Ah! qué monstruosa sospecha tan miserable y absurda penetró en tu corazón que por ocultarla luchas?
Al entrar aquí dijista...

IAGO. ¿Qué dije?

OTELO. «Esto me disgusta.»
Por qué? di, ¿por qué? Responde, ¿qué temes? ¿qué ves? ¿qué juzgas?

IAGO. Yo os amo tanto!

OTELO. Por eso, por eso, Iago, me asustan esas frases misteriosas; esas contracciones súbitas de tu voz; esas miradas vacilantes é inseguras.

IAGO. Pluguiera á Dios que los hombres fueran lo que ser figuran; pluguiera á Dios que asomase al rostro el alma desnuda.

OTELO. ¿Por quién hablas?

IAGO. Yo no os puedo responder á esa pregunta.

OTELO. Iago! Iago!

IAGO. Agua en mi mente vaga mi idea confusa; mas quién me dice que sea, señor, legitima y justa? no hay sentimiento que esté libre de materia impura.
*¿Quién es el hombre arrogante
*que fuerte siempre se juzga
*para poder desasir
*de su cerebro las turbias
*ideas, los azarosos
*pensamientos con que lucha?
*Yo conozco mi fluidez
*si lo exterior me repugna,
*en todos los vicios pienso
*que á la humanidad subyugan,
*y pensando y cavilando
*mi entendimiento se ofusca;
*del mal en mi corazón
*hierva la ponzoña inmunda,
*y hasta á los labios asoma
*su asquerosa levadura.
No os conviene á vos ni á mí hablar de ello.—Honra y fortuna pierdo si mi pensamiento os confío y se divulga.

OTELO. ¿Y nada me dices?

IAGO. Nadal
La soberana ventura,
el más preciado tesoro,
la mayor riqueza, la única de la mujer, es la honra;
liviana ponpa de espuma,
desecha el primer embate del viento de la calumnia.

OTELO. Tu pensamiento sabré,
y en qué razones se funda.

IAGO. No os dejéis llevar, señor, de la espantosa locura de los celos; evitad que en el alma se introduzcan.

Al lado de ese tormento
no hay otro de más angustia;
delicias del cielo son
del infierno las torturas.

OTELIO. (A p.) Desventurado de mí!
(Reponiéndose.)

¿Imaginas por ventura
que arraigáran en mi alma
esas sospechas estúpidas?
¿Que de una mujer los pasos
seguirá mi desventura,
incóstantes como el tiempo,
mudables como la luna?
Pláceme ver á mi esposo,
que culto á su edad tributa,
en convites y en saraos,
con joyas, bailes y música,
mientras de la juventud
el sol en su frente luzca:
de su virtud el aroma
por todas partes perfuma,
y donde está mi Desdémona
no aparece el vicio nunca.
No imagines que mi rostro,
que el sol del África nubla,
recelos en mí despierto,
desconfianzas que injurian;
su corazón me entregó
viendo mis facciones rudas
á la clara luz del día,
no en la triste noche oscura.
No puedo dudar, no quiero;
pero si nacen las dudas,
pruebas buscaré, sí, pruebas;
si las hallo, si la acusan,
ó la matarán mis celos,
ó abriré á mi amor la tumba.

IAGO. Veros tan cuerdo me place;
si aciertan los que la injurian,
yo podré adquirir noticias
que á la verdad nos conduzcan.
Pero entre tanto, mudad

las llaves y cerraduras;
vigilad á vuestra esposa
sin que ella se lo presuma;
seguid los pasos de Casio,
y no olvidéis que la astucia
de las hijas de Venecia
es proverbial, y su adusta
virtud, la máscara torpe
de su liviandad impura,
tal que el cielo se horroriza
de lo que la tierra oculta.

OTELIO. ¿Es ese tu pensamiento?

IAGO. Ese. Con qué travesura
supo engañar á su padre.

OTELIO. Es cierto.

IAGO. Mas ¿cómo lucha
con la astucia de una niña
la imaginacion caduca
de un anciano?

(Suelta una carcajada desentonada.)

Jál jál jál

Á filtros, mágias y brujas
lo achucaba el pobre viejo!...
Mas tal vez mi lengua abusa,
mi amistad sobrado franca...

OTELIO. No doy importancia alguna
á tus palabras.

IAGO. Ni yo...
no; sin pensar se pronuncian;
pero se las lleva el viento
y se disipan en suma.
(Momento de silencio.)

El capitán es mi amigo,
señor... y si hallan disculpa...

OTELIO. No quiero pensar en él.

IAGO. Bien hacéis... pero se turba
vuestro semblante.

OTELIO. No, Iago.
Pienso en lo virtuosa y pura
que es mi mujer.

IAGO. ¡Oh consuelo
que de gozo el pecho inunda!

Dios esa paz os conserve
mucho tiempo...

OTELO. Adios... Escucha:

si algo sabes bueno ó malo
espero, Iago, que cumplas
con tu deber avisándome...

IAGO. ¡Oh! descuidad (Ap.), Iago, triunfast

(Sale y véase por la galería.)

OTELO. ¡Noble corazón! habló
por mi teson, por mis súplicas
(Con violencia.)

¡Maldita sea la hora
en que me casé! ¿Qué buscas?
(Viendo que vuelve Iago.)

IAGO. Cumplí mi misión fatal,
mas ved que mis conjeturas
pueden ser falsas, señor,
porque prueba no hay ninguna.
Sólo el tiempo aclarar puede
la verdad de que se fundan;
por ejemplo, si por Casio
Desdémona os importuna;
si os ruega... pero hasta entonces,
en libertad absoluta
debeis dejarla.

OTELO. Yo aprecio
amistad como la tuya.
Adios! adios!

IAGO. Y yo pido
al cielo que os dé su ayuda. (Vase.)

ESCENA VI.

OTELO.

No nos dejemos llevar
de una ciega irreflexion,
y con calma meditemos
lo que más cumple á mi honor.
Ese hombre tiene experiencia,
es honrado, y su opinion
da á la sospecha gran peso

y á la duda gran valor.

(Con violencia.)

Si es ingrata, si es perjura,
estinguiré mi pasión,
la arrojaré de mi lado
y huiré como ave veloz
á quien por piedad se abren
las puertas de su prision.

(Con melancolía.)

¡Todo es posible! no hay más
que mirarme... ¡Negro soy!
¡La mujer! quién se defiende
de la femenil traicion!
¡Maldita fatalidad!
¿por qué el destino ordenó
que dueños podamos ser
de la belleza exterior,
de la piedra de la estatua
y del espíritu no.

(Mirando á la izquierda.)

¡Desdémona! ¡Vienes! ¡Cielos!
Harás que dudo de Dios
si perfeccionar no supo
su mas bella creacion!

ESCENA VII.

OTELO, DESDÉMONA, EMILIA.

DESD. La ciudad se regocija
y hace salvas en tu honor.
¿Vienes, Oteló? te espera
á comer la guarnicion,
y los notables aguardan
no tardes, Oteló.

OTELO. (Después de haber fijado en ella su vista un momento.)

No!

no es posible, no! Desdémona!
¡nientel no tiene razon!
DESD. ¿Qué tienes? ¿estás enfermo?
¡qué débil está tu voz!

OTELO. (Cayendo en un sillón.)
¡Ay! estoy sufriendo mucho,
se me oprime el corazón!

DESD. (Abre los brazos dirigiéndose á Oteló y deja caer inadvertidamente el pañuelo que lleva en la mano.)
Oteló! Oteló! tu frente
haña un copioso sudor.

OTELO. (Levantándose, dominando su emoción.)
No es nada; nada; un validó!

DESD. Oteló!

OTELO. Mejor estoy,
pero no puedo asistir
al festín. Ven! ven!

DESD. Oh Dios!
tu daño me aflige tanto
como te adora mi amor.
(Váase lentamente por la izquierda, Oteló apoyado
en el hombro de Desdémóna.)

ESCENA VIII.

EMILIA, después IAGO.

EMILIA. (Viendo el pañuelo y cogiéndolo.)
¿Qué es esto? ¡Un pañuelo! Sí;
el que con tanto tesón
mi esposo buscaba.

IAGO. Emilia,
¿qué mirais?

EMILIA. Yo! nada!

IAGO. Oh!

EMILIA. ¿dádme ese lienzo!

EMILIA. Por qué?

IAGO. No conocéis su valor;
dádmetel!

EMILIA. Pero...

IAGO. (Arrebatándosele.) Al momento.

EMILIA. ¿Vais á devolverle?

IAGO. No!

EMILIA. Va á sentir mucho su pérdida
la señora.

IAGO. (Agarrándola de un brazo.)

Si la voz,
si el gesto, si el ademán
dicen algo, por quien soy
la vida perdeis.

EMILIA. (Asustada.) ¡Dios mío!

IAGO. (Ap.) Mi deseo se cumplió;
el aviso al general,
y el pañuelo á Casio.
(Váase corriendo por la galería. Emilia queda ator-
rada.)

EMILIA. ¡Oh Dios!

ESCENA IX.

DESDÉMÓN A Y EMILIA.

DESD. Gran sentimiento me causal
¿dónde el lienzo habré perdido?

EMILIA. (Ap.) Me aterra ese hombre! (Alto.) ¡Señora!

DESD. ¡Ah! si un amor infinito
no albergórá Oteló en su alma
y en ella halláran asilo
esas sospechas vulgares
que engendran celos ridículos,
para turbar su reposo
era bastante motivo.

EMILIA. ¿No es celoso?

DESD. No; el sol puro
del África con su brillo,
del corazón de mi Oteló
lanzó los celos impíos,
cual lanza del horizonte
los vapores matutinos:
dos mil ceques daría
por hallar el lienzo.

EMILIA. Ha sido
una desgracia.

DESD. Regalo
de su amor en los principios,
era el lienzo, ¡ay! una prenda
de ternura y de cariño.

EMILIA. Oteló!

DESD. Tanto mejor;
veré si ha encontrado arbitrio
para que Casio se quede
con él.—Señor...

ESCENA X.

DESDÉMONA, OTELO y ENILIA.

OTELO. (Ap.) ¡Qué suplicio
yo disimular! (Alto.) Señora...
dadme la mano; ¡qué fino
cutis! ¡qué preciosa mano!
es blanca como el armiño!

DESD. Con esta mano, señor,
os entregué mi albedrío.

OTELO. Costumbre era esa, señora,
allí de tiempos antiguos;
hoy... con dar la mano... basta

DESD. No comprendo... no adivino...
¿cumplisteis vuestra promesa?

OTELO. Mi promesa! ¿he prometido
alguna cosa, señora?

DESD. Casio...

OTELO. Callad.

DESD. Yo os suplico...

OTELO. (Sentándose.) ¡Ah! las sienes se me parten!
siento terribles latidos.

¿Teneis por ahí un pañuelo,
un lienzo?

DESD. Tomad el mío.

OTELO. No, no quiero este.

DESD. ¿Pues cuál?

OTELO. Aquel que os dió mi cariño.

DESD. No lo tengo aquí.

OTELO. ¿Por qué?

DESD. Porque no siempre conmigo
le llevo.

OTELO. Pues hacéis mal:
ese lienzo es un prodigio
de virtud.—Don de mi madre,
señora, en mucho la estimo.

Con tan precioso amuleto...
y talisman tan divino,
mi madre el poder obtuvo
de agradar á su marido
mientras en su mano estaba;
ya lo veis, mi amor os hizo
presente de gran valía,
conservadlo con ahínco,
no le regaleis, señora,
no la perdais, porque os digo...
que perderle ó regalarle...
os puedo traer perjuicios
tan graves, cual vuestra mente
nunca puede concebirlos.

DESD. ¿Será posible?

OTELO. *Lo es.

*Tiene ese precioso lino

*poder sobrenatural

*en su trama y en sus hilos.

*Anciana sacerdotisa

*bordó sus sagrados símbolos

*en el altar donde al sol

*culto rinden los egipcios;

*y es su brillante pintura

*hecha de colores finos,

*de momias embalsamadas

*con sutil arte extraídos.

DESD. Pero eso es cierto?

OTELO. Muy cierto.

DESD. ¡Oh! pluguiera á mi destino
no haberle tenido nunca.

OTELO. ¡Desventurada! ¿qué has dicho?

DESD. ¡Ah! no me habéis de ese modo!

OTELO. ¿Se perdió? sí, lo adivino;
cómo pues? ¿de qué manera?
responded, hablad, lo exijo;
¿qué decis?...

DESD. Que os engañais,
que no... que no está perdido,
y si lo estuviese...

OTELO. ¡Ah!

DESD. Mas no lo está, yo lo afirmo.

OTELO. Id á buscarle.
 DESD. Señor,
 á presentarle me obligo.
 OTELO. ¿Qué os detiene, pues, señora?
 DESD. Que no ha de ser ahora mismo.
 OTELO. Ahora mismo no? por qué?
 DESD. Por qué?
 OTELO. Sí.
 DESD. Porque imagino
 que estais urdiendo una trama,
 un engañoso artificio
 para que olvide, señor,
 lo que me habeis prometido.
 OTELO. ¿Qué es?
 DESD. El pardon de Casio.
 OTELO. Mostradme ese lienzo, digo,
 ó auguro...
 DESD. Hablemos de Casio.
 OTELO. El lienzo!
 DESD. En tí, Oteló mio,
 funda toda su esperanza,
 iguales vuestros peligros,
 comun vuestra vida...
 OTELO. (Terribado.) ¡El lienzo,
 ira de Dios!
 DESD. ¡Qué capricho!
 el tono con que me hablais
 me ofende.
 OTELO. (Rechazándola.) Apartad! (Váase.)
 DESD. ¡Dios mío!

ESCENA XI.

EMILIA, DESDÉMONA.

DESD. ¿Qué es esto, Emilia?
 EMILIA. Esto es
 señora, que se han cumplido
 los tiempos de la ilusion
 y llegan los del hastío.
 DESD. ¡Cielos!
 EMILIA. El capitán se acerca,

le acompaña mi marido.

ESCENA XII.

Las MISMAS, IAGO, CASIO.

DESD. Llegad, Casio; mi desvelo
 hácia vos me hizo importuna,
 le rogué, pero ninguna
 concesion logró de Oteló.
 ¡Le desconozco! irritado
 mis súplicas escuchó,
 y sin contestar partió,
 torvo el semblante y airado.
 Capitán, ¡la vez primera
 que así con su esposa está!
 Yo imagino que será
 una nube pasajera.
 Pero si no fuera así;
 ¡ah! si ha decretado el cielo
 el olvido de mi Oteló,
 ¡rogad al cielo por mí!
 (Váase Desdémona y Emilia.)

ESCENA XIII.

CASIO, IAGO.

CASIO. ¿Podeis darme explicacion
 de esto, Iago?
 IAGO. ¿Yo? ¡quién sabe!
 ninguno tiene la llave
 de su astuto corazón.
 CASIO. Pero qué me aconsejais,
 cejo en mi empeño, ó no cejo?
 IAGO. Cejar?
 CASIO. Sí.
 IAGO. ¡Lindo consejo!
 es preciso que insistais:
 del triunfo dudar no puedo.
 CASIO. Voy caminando á un abismo.
 IAGO. ¿Qué estais diciendo?
 CASIO. Yo mismo

IAGO. de mí mismo tengo miedo.
¡Miedol no acierto, por qué
hombre de tal corazón
como el vuestro á una ilusion
se subyuga.

CASIO. No lo sé.
Hay horóscopos fatales.
IAGO. Jamás en ellos creí.
CASIO. Pasan en torno de mí
cosas sobrenaturales,
y aunque dudo y me avergüenzo
siento vacilar mi fe.
Ahora mismo... me encontré
en mi pabellon un lienzo...

IAGO. ¡Ah! un lienzo.

CASIO. De gran valor,
de gusto muy delicado,
de gruesas perlas bordado
con asombroso primor.

IAGO. Extraño lance.

CASIO. Si á fo;
¿será el lienzo para mí?

IAGO. ¿Le tracis?

CASIO. (Enseñándole.) Miradle aquí.
¿Sabeis de quién es?

IAGO. No sé.
(Sonriéndose.)
Regalo será de un brujo
ó bruja... es más natural;
es de valor sin igual
y portentoso el dibujo.
¿Con él qué pensais hacer?

CASIO. Buscar al dueño.

IAGO. ¡Locura!
principio es de una aventura
de amores.

CASIO. No puede ser:
ho llegado hace un momento
á Chipre, ocasion no ha habido.

IAGO. ¿Aún no?

CASIO. (Viéndole.) Tan sólo ho tenido
amores de campamento!

IAGO. Por el tiempo no se miden
sentimientos, capitan.

CASIO. Mis amores no me dan,
IAGO.

IAGO. ¿No? Pues que hacen?

CASIO. Piden.
Me ha deparado halagüeña
cuando llegué, mi ventura,
una chipriota hermosura
revoltosa y pedigüeña;
Blanca es su nombre, y ¡tan franca!
Blanca está donde yo estoy,
Blanca va donde yo voy,
porque Blanca...

IAGO. Está sin blanca!
Capitan, eso no es malo;
os da el destino ocasion
de premiar tanta pasion
con un soberbio regalo.

CASIO. ¡Un regalo?

IAGO. Ese pañuelo.

CASIO. Loco estois por vida mia.
Regalo de tal valia
á esa mujer.

IAGO. ¡Por el cielo!
¿os detiene su riqueza?
Capitan, no lo acertais;
pruebas de ese modo dais
de esplendidez y grandeza.
Si tal haccis ¡vive Dios!
se acrecienta vuestra fama,
y en Chipre no hallareis dama
que no enloquezca por vos.
Ya lo veis, los sinsabores
de la vida cortos son,
siempre hallan compensacion
las penas y los dolores.
El ¡ay! que del pecho arranca
el teson del general
se olvida, Casio, y no mal
con la hermosura de Blanca.

CASIO. ¡Ah! me haccis estremecer,

ya olvidé mi desventura.
IAGO. Pensar en eso es locura,
 dejad el tiempo correr.
 Seguid del amor en pos,
 es su emblema ese pañuelo.
CASIO. Harélo así, ¡vive el cielo!
 Adios, alférez.
IAGO. (Dándole la mano.) Adios.

ESCENA XIV.

IAGO.

Ya mi intento logré: leves palabras,
 misterioso ademán, sonrisas ligeras;
 artículos de fe, textos sagrados,
 son del celoso á la mirada inquieta.
 Él de mi mente en el profundo abismo
 hizo brotar la sospechosa idea,
 él robó de mi alma la ventura
 y la tranquilidad de mi existencia,
 por qué no ha de sentir el fiero dardo
 que el corazón desgarrar y envenena
 como yo le senti? Celos por celos,
 y mujer por mujer; sigo en mi empresa.
 El lienzo tiene Casio, y esa nube
 hará estallar más ruidosa la tormenta.
 El Moro ya ha bebido la ponzoña,
 ¡qué son, si no ponzoñas, las sospechas!
 *Primero en nuestro ser, débil disgusto,
 *ténue inquietud producen, luego apenas
 *su fuego toca nuestra sangre, ardiente
 *furor nuestros sentidos enajena.
 *Y como cien martillos sobre el yunque
 *caen sobre el corazón, hasta que inmensa
 *llama voraz sus lenguas extendiendo
 *prende en el alma inextinguible hoguera.
 Oteló viene. Roedor gusano
 en tu misero pecho se alimenta,
 ni fuego, ni agua, ni opio, ni mandrágora
 la ya perdida paz harán que vuelva,
 por recobrar el sueño delicioso

en que yaciste ayer, dimo, qué dieras?

ESCENA XV.

OTELO, IAGO.

OTELO. (Creyéndose solo.)
 ¡Iofiel! ¡infel! ¡infel!

IAGO. Aún vuestra mente,
 señor, ocupa tan terrible ideal

OTELO. ¡Apártate de mí! Tú me has clavado
 dentro del alma la traidora flecha
 de los celos, ¿por qué no me dejaste
 vivir tranquilo en mi ventura ciega?

IAGO. ¿Estais en vos, señor?

OTELO. ¿Qué sentimiento
 tenia de mi mal? ¿qué horrible pena
 me atormentaba ayer? ayer, Dios mio,
 atónito admiraba su belleza,
 Iago; ayer no trocaba mi ventura
 por el brillo imperial de cien diademas;
 hoy la perfidia en sus miradas leo,
 brota el engaño de su impura lengua,
 y en mi tenaz delirio, en su semblante
 las caricias de Casio veo impresas.

IAGO. ¡Ah señor! vuestra pena me conmueve!

OTELO. ¡Cuán feliz era ayer! ¡cuán feliz era!
 tranquilidad del alma, dónde has ido!
 ventura, dónde estás, dónde te encuentras?
 al aliento maldito de una infame
 mujer caisteis destrozadas, muertas!
 Guerreros escuadrones que mi acento
 vencedor arrojaba á la pelea,
 sanguinarios combates, luchas bravas,
 gloria inmortal, adios! adios banderas
 desplegadas, indómitos corceles
 que al oír del clarín la voz guerrera
 apagaba el relincho poderoso
 el clamor de tambores y trompetas!
 Adios, noble estandarte, á cuya sombra
 brotaron los laureles de la guerra,
 esplendor, pompa, fausto; comitiva

del alto honor y de la gloria excelsa;
mortíferos cañones, cuyo acento
la voz tonante del Señor semeja,
nuncios de la victoria, adios por siempre;
mi mision se cumplió sobre la tierral
¡Pero es posible!...

IAGO.

OTELO. (Con súbito furor.) ¡Miserable! escucha,
pruebas dame! la duda me envenena.

IAGO.

Señor!...

OTELO.

(Agarrándole del brazo.)

Si tu venganza ó tu capricho
escogió por su víctima á Desdémona,
si ese claro talento y perspicacia
con qué dotó tu ser naturaleza,
lo empleas en mi mal, si la mentira
surge en tí, ¡desdichado! considera
que al horror de los bárbaros suplicios,
de los tormentos fieros que te esperan
por tu crimen atroz, llenos de espanto
haré que tierra y cielo se estremezcán!
(Arrójala violentamente.)

IAGO.

Señor, de mi adhesion el premio es este?
esta de mi lealtad la recompensa?
permítidme, señor, que me retire:
¡que mi labio mintió! torno á Venecia.
¡Dura leccion, mas merecida! ¡oh mundo,
tú con ultrajes el cariño premias,
para tí la virtud es vil juguete,
sólo la ingratitud triunfante reina!
(Va á salir.)

OTELO.

(Deteniéndole.)

No, tú tienes honor.

IAGO.

Con los ingratos,
de qué vale el honor? maldita sea,
honra que sólo ingratitud produce,
honra que sólo crímenes engendra.

OTELO.

Mi mente se confunde y se trastorna!
si tú eres fiel, entónces no lo es ellal
¡Mil muertes la he de dar! no, no es posible
que doblez y traicion en su alma quepan!
es tan dulce, tan pura su mirada!
¡cómo pura ha de ser siendo tan perversal!

IAGO. ¿Rogó por Casio?

OTELO.

Sí!

IAGO.

¿Y os dió el pañuelo?

OTELO.

No.

IAGO.

¿Y cómo si Casio audaz le ostenta?

OTELO.

¡Le tiene en su poder!

IAGO.

Le vi yo mismo.

OTELO.

¡Ira del cielo!

IAGO.

¡Para qué más pruebas!

OTELO.

¡Oh! cien mil veces la daré la muerte!
derramaré la sangre de sus venas
sin piedad, una vida sólo es poco
para ver mi venganza satisfecha.
Todo es cierto, no dudo ya, no dudo,
cierto su crimen, mi desdicha cierta!
¡Mírame, mírame... ¿ves en mi rostro
pintada de los celos la demencia?
¿ves rodeando en mis ojos encendidas
las órbitas saltar? ¿ves la fiereza
con que late mi pecho? así se exhala
sin límites de mi odio la violencia!
¡Ira, venganza, comprimido encono,
desden profundo, bárbara soberbia,
llenad mi corazón de la ponzoña
que el sol maligno de la Libia engendra;
del veneno sutil de sus serpientes,
del furor sanguinario de sus fieras!

IAGO.

Contencos, señor!

OTELO.

No, sangre! sangre!

IAGO.

Señor, me estremeceis; señor, prudencia!
aún vuestro corazón cambiarse puede!

OTELO.

¡Mi corazón cambiarse! no; ántes vieras
las corrientes del Ponto embravecidas
de repente torciendo su carrera!
Como ellas mi sangriento desvarío
lanzando corre sin pavor ni rienda,
mi pensamiento se desborda, y parte
sin que nada en su curso lo detenga,
y en la roca fatal, de la venganza
su crimen y mi cólera se estrellan!
Lo juro, sí, lo juro, por los sacros
fulgores que en los cielos centellean!

IAGO. Mi corazón, mi brazo, mi alma, todo os lo ofrezco, señor.

OTELLO. Que Casio muera.

IAGO. Tierna amistad nos une, pero os juro que es para mí el deber ley más suprema: morirá.—Perdonad á vuestra esposa.

OTELLO. ¡Perdonarla jamás!

IAGO. ¡Señor!

OTELLO. ¡Oh mengua! exterminarla!

IAGO. ¡Oh Dios!

OTELLO. Exterminarla! Exterminarla! exterminarla, Iago! Vamos fuera; seguidme, capitán.

IAGO. Soy vuestro esclavo.

OTELLO. ¡Venganza quiero!

IAGO. ¡Oh, sí, la habré!

OTELLO. ¡Sangrienta!

PIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Parque del palacio de Otello: á la derecha la fachada del palacio; al fondo calle de árboles que se prolonga hasta la ciudad, cuyos edificios se distinguen á lo lejos: á la izquierda selva.

ESCENA PRIMERA.

IAGO y RODRIGO.

Iago sale del palacio y se dirige al fondo. Rodrigo sale por el fondo embozado y se dirige á Iago.

ROD. Dos palabras.

IAGO. ¿Qué queréis?

ROD. Hablaros.

IAGO. ¿Quién sois?

ROD. (Desembozándose.) Mirad.

IAGO. Rodrigo!

ROD. El mismo. Os buscaba.

IAGO. Para qué?

ROD. Me vais á dar de vuestra alevé conducta explicación.

IAGO. Loco estais.

ROD. Decidme, ¿por qué razon de mí os quisisteis burlar?

IAGO. ¿Qué pruebas tenéis?
ROD. ¿Qué pruebas?
¡pruebas me pedís? ¿hay más
que el tiempo inútil que corro
perdido tras su beldad
sin ver de correspondencia
indicio alguno ó señal?
Con oro, músicas, joyas,
su corazón conquistar
intenté, pero fué en vano,
todas mis riquezas van
á perderse en el abismo
de vuestra mano fatal;
con el oro que he gastado
podiera un reino comprar;
¿qué he obtenido en cambio? nada
ved las pruebas, ahí están.
IAGO. Proseguid.
ROD. Ese es mi intento,
por eso os vengo á buscar.
Causado estoy ya de ser
juguete vuestro; ó me dais
vuestra palabra cumplida
ú os mato, por Satánés!
IAGO. ¿Eso decís?
ROD. Eso digo
y eso haré, ¡lo juré!
IAGO. ¡Hay tal!
Rodrigo, venga esa mano,
brutos tenéis ¡voto á!...
mas de un amigo sincero
no debéis desconfiar.
Todos sus pasos seguí
por serviros.
ROD. ¿Os burláis
de mí?
IAGO. ¡Burlarme! Yo soy
amigo vuestro leal.
ROD. ¡Amigo!
IAGO. No lo dudeis,
hoy mismo os lo he de probar.
ROD. Cómo?

IAGO. Esta noche...
ROD. Esta noche...
IAGO. Rodrigo, vuestra será.
ROD. ¿Qué me estais diciendo, Iago?
es cierto? ¿podré esperar?...
IAGO. Rodrigo, gobernador
de Chipre Otelo no es ya.
ROD. Extremada es mi sorpresa!
¿á Venecia va á tornar?
IAGO. No es probable.
ROD. Pues adónde?
IAGO. Á África!
ROD. Y pronto?
IAGO. Quizás
muy pronto; si no prolonga
su estancia en esta ciudad
un brazo firme y resuelto
y un aguzado puñal.
ROD. Ese brazo firme á punto
le tenéis.
IAGO. Dónde?
ROD. Aquí está.
IAGO. Fallarán vuestros designios,
otro estorbo hay que quitar
áites.
ROD. ¿Otro estorbo?
IAGO. Casio.
ROD. ¿Y de qué manera?
IAGO. Hay más
que asestarle por la noche
una estocada mortal?
ROD. ¿Cómo ha de ser?
IAGO. Yo os pondré
en paraje en que podáis
hacerlo; por el jardín
esta noche pasará;
nosotros le aguardaremos
entre la sombra que dan
los árboles.
ROD. ¿Y Desdémona?
IAGO. Despues... despues!
ROD. Bien está,

mas no olvideis que Rodrigo nunca supo asesinar.

IAGO. Yo os ayudaré... si es caso!

ROD. ¡Vos! que sois su amigo!

IAGO. ¡Bah!

(Repentinamente.)

Ahora partid.

ROD. ¿Quo ahora parta?

Otras pruebas no me dais?

IAGO. Qué os detiene? ¡Ea! salid del jardin al punto.

ROD. Mas...

IAGO. ¡Teneis escrúpulos!

ROD. ¡Iago!

IAGO. Ved quo llega el general.

(Vase Rodrigo por la calle de árboles. Sale Oteolo del palacio, pensativo.)

ESCENA II.

IAGO y OTELO.

IAGO. ¿Aún pensais en eso?

OTELO. Sí!

turbada está mi razon,
y de la imaginaciou
no se separa ¡ay de mí!
esa sospecha maldita,
esa pertinaz idea.

IAGO. Y quién sabe! tal vez sea inocente.

OTELO. ¿Y esa cita?

IAGO. Imprudencias del amor cuando en su demencia estalla, que tal vez encuentran valla en la virtud y el honor.

OTELO. ¡Ah!

IAGO. No es posible tambien que haya consentido en dar la cita para mostrar al capitan su desden?

OTELO. ¡Á solas con su belleza

de la edad en el ardor!
en lucha tal, al amor
se riende naturaleza!

IAGO. ¿A no ser por aquel venoz...

OTELO. ¡El pañuelo! ya olvidaba...

IAGO. Yo, señor, pruebas no hallaba.

OTELO. ¡Y dudó y no me convenzo!

Pensamiento tan fatal

posa en el cerebro mio

como cárbano sombrío

sobre la almena feudal.

¡Patento será mi mengual!

IAGO. Poco al capitan le importa.

OTELO. ¿Por qué?

IAGO. Su ruidacia no es corta,

pero es más larga su lengua.

OTELO. ¡Ha hablado! por el infernal

IAGO. Ha hablado.

OTELO. ¿Qué ha dicho, pues?

IAGO. Lo que no niega despues.

OTELO. ¿De qué habla?

IAGO. De su amor tierno.

OTELO. Todo el abismo reúne

contra mí su odio y furor!

IAGO. No habla sólo de su amor.

OTELO. De qué?

IAGO. De una falta impune.

OTELO. Cuál es?

IAGO. No os haré el agravio

de decirlo.

OTELO. ¡Me impacientas!

IAGO. Hay, señor, tales afrentas

que nunca las dice el labio.

OTELO. Miserable!... Iago!.. oh!

los ahogaré, ¡vive el cielo!

esa cita... ese pañuelo...

¡ah! yo fallezco... no... no.

¡Hay más duelos! hay más penas!

¡villano! ¡infame! ¡cobarde!

¡desesperacion! se me arde

la sangre toda en las venas!

y me ahoga! y me sofoca!

¡Morirán! ¡Yo desvarío!
¡Será posible! ¡Dios mío,
piedad! ¡sus ojos! ¡su boca!
(Repentinamente.)
¿Dónde el capitán está?
IAGO. Aquí le vereis muy presto,
he imaginado un pretexto.
OTELLO. ¡Cómo! ¡Un pretexto!
IAGO. Y vendrá!
OTELLO. ¿Por qué?
IAGO. Mi lealtad procura
daros más pruebas, señor.
OTELLO. Pruebas!
IAGO. En el espesor
de esa fragosa y oscura
selva, ocultos podéis
y sin ser visto escuchar.
OTELLO. ¿Y hablará?
IAGO. Yo lo haré hablar.
OTELLO. Y cómo?
IAGO. Ya lo vereis.
OTELLO. ¿De ella te hablará?
IAGO. De ella.
OTELLO. Y de su pasión impura?
IAGO. También.
OTELLO. ¡Tenebrosa! oscura!
es del capitán la estrella.
IAGO. ¿Qué intentáis hacer, señor?
OTELLO. Tenderle á mis plantas muerto.
IAGO. Ved que con tal desacierto
nada logra vuestro honor.
OTELLO. ¡Quién puede apagar la llama
de mi venganza mortal!
IAGO. Un espíritu infernal,
señor, vuestro pecho inflama;
dejad que caiga en el lozo
que se lo tiende, después
ya le pondrá á vuestros pies
reudido mi mismo brazo.
Apartad del pensamiento
tal idea.
OTELLO. ¿Y de qué modo?...

IAGO. Señor! Respondo de todo.
(Momento de silencio.)
¿Consentis al fin?
OTELLO. Consiento.
IAGO. (Indicándole la selva.)
Pues bien. Ocultaos ahí,
y procurad que no estalle
la ira.
(Ocúltase Otelo en la selva.)
Por esa calle
de árboles se acerca, sí.
Yo de Blanca le hablaré,
de Blanca se burlará,
y Otelo imaginará
que es de Desdémona.—Á fe
á Casio Blanca sumisa
adora, y él la desprecia;
al hablar de Blanca, necia
vendrá á sus labios la risa.
¡La risa! ¡Risa fatal!
ven, dibújate en su labio,
que Otelo verá su agravio
en tí.
(Adelantándose á recibir á Casio.)
¡Capitán! ¿qué tal?

ESCENA V.

IAGO, CASIO, OTELLO, oculto.

CASIO. ¡Desesperad!
IAGO. Y por qué?
CASIO. Vencer no puedo el rigor
de Otelo.
IAGO. (Alto.) Con el amor
os consoláis, bien lo sé!
CASIO. (Queriendo dirigirse al palacio.)
Tengo prisa.
IAGO. (Alto.) ¿Vais á hablar
á Desdémona?
CASIO. Sí.
IAGO. Grave

compromiso!

CASIO. ¡Bah! ¿Quién sabe!
ella volverá á rogar
y ha de conseguirlo al fin.

IAGO. ¿Hace alarde de poder?
No está, no la podéis ver...
más tarde... en este jardín...

CASIO. Bien, volveré. (Se prepara á marcharse.)

IAGO. (Bajo.) ¿Y Blanca hermosa?

CASIO. (Aho.) Ya peca de enamorada;
mas su pasión es causada,
y su insistencia enfadosa.

IAGO. ¿Pruebas de amor os pidió?

CASIO. Sí.

IAGO. ¿Se las disteis?

CASIO. (Queriendo irse.) No á fe.

IAGO. ¿Qué deseaba?

CASIO. No sé.

IAGO. ¿Tal vez el lienzo?

CASIO. (Sacándolo.) Sí!

OTELO. (Asomándose y echando mano al puñal.)
¡Oh!

CASIO. Se enfurecía y lloraba,
y este lienzo me exigía.

IAGO. Señal, cuando os lo pedía...

CASIO. ¿Qué?

IAGO. Que lo necesitaba!
¡qué amor!

CASIO. ¿Amor? Ya es desvío.

IAGO. ¿Nada queda en vuestro pecho?

CASIO. (Riéndose y marchándose por el foro.)
El capricho satisfecho
la pasión torva es hastío.
¡Adios!
(Váse por el foro. Sale Oteló violentamente, Iago se
interpone y le contiene.)

ESCENA VI.

OTELO, IAGO.

IAGO. ¿Dónde vais, señor?
Ved... mirad...

OTELO. ¡Hombre infernal!
(Saca maquinalmente el puñal.)

IAGO. ¿Qué vais á hacer, general?

OTELO. ¡Matarla!

IAGO. ¿Tendréis valor?
Reflexionad.

OTELO. La tendré.

IAGO. ¿No cederá vuestro intento?

OTELO. Esta noche en su aposento
sin piedad la mataré.

IAGO. Yo del capitán me encargo.

OTELO. Sí, Iago!

IAGO. Esta noche...

OTELO. Sí.

IAGO. ¿Qué tenéis?

OTELO. ¿Qué? frepes!
¡qué largo el tiempo! ¡qué largo!
Es la paciencia forzosa,
general... (Oyese un clarín.)

OTELO. Mas qué rumor...

IAGO. Llegan el embajador
de Venecia y vuestra esposa.

ESCENA VII.

Los MISMOS, LUDOVICO, DESDÉMONA y acompañamiento.

OTELO. Salud al embajador:
¿descansasteis?

LUDOV. Descansé.
Dux y Senado os saludan,
señor, como mereceis.
Estas órdenes me han dado
para vos. (Entrégale unos papeles.)

OTELO. Las cumpliré.

LUDOV. Y yo partiré á Venecia
cuando os plazca responder.
(Á Desdémona.)
Venid, prima, ¿y Casio?

DESD. ¿Casio?

LUDOV. Me extraña no verle.

DESD. Es
que con él está irritado
porque faltó á su deber
militar, pero yo creo
que pasará.

OTELO. (Figurando que lee.) ¿Lo creéis?

DESD. ¿Qué decís?

OTELO. (Leyendo.) «Partid al punto.»

LUDOV. No habla con vos...

DESD. Yo pensé...

LUDOV. Leyendo estaba el mensaje.
¿Qué motivo puede haber
para eso?

DESD. Es cosa muy leve;
yo, primo, lo arreglaré;
y de ello estoy desnusa,
pues tengo mucho interés
por Casio!

OTELO. ¡Rayos del cielo!

DESD. ¡Ah, señor! me estreñecest!
¿qué os sucede?

OTELO. ¿Estáis en vos?

DESD. ¿Por qué no lie de estar?

OTELO. ¿Por qué?
¡Huye de aquí, miserable!

DESD. ¡Dios mio!

LUDOV. ¡Qué insensatez!

OTELO. (Á Desdémona.)
Idos de aquí!

LUDOV. (Á Oteló.) Está llorando!

OTELO. Idos de aquí!

LUDOV. Sois cruel!
llamadla!

OTELO. Yo? Bien! Señora!
venid! (Á Ludovico.) Aquí la tenéis.

LUDOV. ¡Oteló! yo!

OTELO. Vos! Miradla!
vedla! en ella podéis ver
esa belleza tan dulce,
tan complaciente, tan fiell
Llora... ó sonrie...

(Á Desdémona.) ¡Llorad!
llorad! pues os place!

(Á Ludovico.) Iré
á Venecia!—Vil perfidia!
—Es preciso obedecer
estas órdenes.—Salid!
—Yo cumplimiento daré
á cuanto ordenan.—Yo os mando...

LUDOV. Retirémonos.

OTELO. Tal vez
mi distracción...

LUDOV. ¡Dios os guardo!

OTELO. (Ap.) ¡Oh, corrupción! ¡Adios, puest!

LUDOV. (Á lago.)
Yo no vuelvo de mi asombro!
¿qué es esto?

LAGO. (Ap.) Yo os lo diré.
(Váase Ludovico, lago y el acompañamiento por la
izquierda.—Desdémona entra en el palacio.—Al ir
á seguirle Emilia, Oteló la detiene.)

ESCENA VIII.

OTELO, EMILIA.

OTELO. Vos no, esperad...

EMILIA. Yo?...

OTELO. Esperad,
digo!

EMILIA. Señor...

OTELO. Responded:
¿qué habeis observado?

EMILIA. Nada.

OTELO. No sabeis si alguna vez
se hablaron Casio y Desdémona
eu voz baja?

EMILIA. No lo sé.

OTELo. No os mandaron alejar?
 EMILIA. Nunca.
 OTELo. Tú mientes también.
 EMILIA. Pero...
 OTELo. ¡Imposible! ¡imposible!
 EMILIA. De su honra no sospechais.
 Os digo que os engaÑais.
 OTELo. Digo que no puedo ser.
 EMILIA. Es incapaz vuestra esposa
 de traicion ni de doblez.
 Si algun pensamiento indigno
 os atormenta, debéis
 de vuestra mente alejarle
 y no pensar más en él.
 Quizás un celo indiscreto
 esa idea hizo hacer
 en vos, y vos la acogisteis
 sin reflexionarlo bien.
 Juro, señor, por mi vida,
 que no es vuestra esposa infiel.
 Ninguna mujer es pura
 si Desdémona no lo es;
 ningún marido dichoso
 si serlo vos no podeis.

OTELo. (Clavando en ella la mirada.)
 ¿Cierto?
 (Repentinamente.) Decidla que venga.
 (Éntrase Emilia en el palacio.)

ESCENA IX.

OTELo.

¡Qué diestra es esa mujer!
 ¡Con qué admirable talento
 desempeña su papel!
 ¿Qué más puede hacer por ella?
 ¿Qué más? ¡qué más puede hacer!
 No hay remedio, no, esta noche
 de rodillas la veré
 ante la Virgen, y el cielo
 la perdone.

DESD. (Saltando.) ¿Qué queréis?

ESCENA X.

OTELo, DESDÉMONA, EMILIA.

OTELo. Venid aquí; miradme aquí más cerca!
 más cerca aún! Miradme, amada mía!
 DESD. ¿Qué queréis var?
 OTELo. Vuestros divinos ojos;
 el fuego abrasador de sus pupilas;
 esos ardientes ojos que enamoran
 y á los astros del cielo dan envidia.
 (Con dura.)
 Levantadlos, señora, quiero verlos
 con qué tranquilidad en mí se fijan!
 Miradme.

DESD. ¡Me aterráis! ¿qué pensamiento
 vuestra mente conturba y os fascina?
 ¿qué espantoso proyecto concebisteis?

OTELo. Los amantes, señora, necesitan
 la soledad. (A Emilia.)
 Dejados! ¡Cuántas veces
 en lances parecidos os dirían
 lo que ahora os digo yo.—Salid, señora,
 y avisáduos si alguno se aproxima
 (Con ira.)
 Salid pronto. (Váse Emilia.)

DESD. Señor! á vuestras plantas
 miradme; vuestro acento me intimida,
 ¿por qué así me tratáis? ¿por qué en el rostro
 la demencia y la cólera se pintan?

OTELo. ¿La razon no acertáis?

DESD. No la advino;
 mi corazón, señor, no me la explica.

OTELo. Quién eres tú?

DESD. Vuestra leal esposa!

OTELo. ¡Tú mi esposa leal!

DESD. Vuestra sumisa
 esclava, vuestra esposa fiel y amonto.

OTELo. Ven á jurarlo, sí, júralo, impía,
 y condena tu alma, porque creo

que si no... y á pesar de tu perfidia,
mirando tus facciones celestiales,
el mismo Satanás vacilaria.

Jura, y tu dobla crimen te condene
para siempre jamás en la otra vida.
Dí que tus juramentos has cumplido;
jura que siempre la virtud por guia
tuviste y el honor, jura que nunca
cupo en tu pecho crimen ni mancilla.

DESD. ¡Dios lo sabe, señor!

OTELO. Ah! sí, Dios sabe
cuán villana, cuán torpe, cuán indigna
es tu alma, negra como el mismo infierno.

DESD. Señor, ¿cuál es mi culpa? ¿qué maldita
fatalidad vuestros sentidos ciegal
que yo soy criminal.

OTELO. ¡Funesto día!

DESD. Señor!

OTELO. (Como vivo.) Vete, Desdémona.

DESD. Llorando
estais, señor, por qué? por qué la vista
apartais? ¿de qué crimen se me acusa?
¿Creeis que del gobierno de la isla
de mi padre al influjo se os despoja?
no es de mi padre accion tan poco digna,
mas si lo fuera! si su enojo nún dura,
por mi esposo á mi padre olvidaria!

OTELO. Si el irritado cielo me anegase
en un piélago inmenso de desdichas,
y la horrible miseria me acechára,
y honor y libertad, y hasta la misma
esperanza perdiera, la paciencia
valor en mi infortunio me daría;
de mis sentidos la razon, señora,
nunca temió trabajos ni fatigas.
*¿Mas quién tolera la insultante burla?
*¿quién arrostra la irónica sonrisa?
*¿quién consiente la mofa y el desprecio
*que la deshonra y el baldon publican?
*¿Quién, Desdémona! nadiel Sin embargo,
*mi amante corazon los sufriria,
*en un inmenso mar de llanto acerbo

*hundiendo las tormentas de la ira.
Pero el feliz asilo, el tabernáculo
de oro, donde mi fe se deposita;
el sacro manantial de donde brotan
los fecundos raudales de la vida,
profanado mirar, verle agotado
ó emponzoñada su corriente limpia
por el fétido fango del deseo,
por la inmunda pasion de la lascivia!
Desdémona, Desdémona! los ángeles
como me vengo yo se vengarian.

DESD. De mi virtud dudasteis?

OTELO. (Mirándola con lástima.) ¡Oh, miserial
¿como flor solitaria estás marchita!
tú, flor tan pura, á cuyo blando aroma
era un vergel el mundo de delicias!
¿Por qué naciste, di, ¿por qué naciste?
DESD. Señor! si os ofendi, dejad que os pida
perdon; pero yo ignoro...

OTELO. Tú lo ignoras!
no cabe ya mayor hipocresía
ni impudencia mayor! ¿acaso intentas
tú que mi mismo labio te lo diga,
y que el pudor que de tu pecho ha huido
huya tambien de la palabra mia?
El ángel de tu guarda, avergonzado,
sus alas plega triste y se retira
maldiciéndote.

DESD. Oteló, tus injurias
no me avergüenzun.

OTELO. ¡Oh!

DESD. Pero me indignan!

OTELO. No has faltado á tu fe?

DESD. No.

OTELO. No has faltado
á las promesas que juraste un día?

DESD. No, como soy cristiana...

OTELO. No profanea
tu torpe labio...

DESD. No.

OTELO. Tú desvarías,
¿no es cierta?

DESD. Por mi alma por mi eterna
salvación!

OTELO. ¡Oh qué espanto! ¡ma horrorizas!
tan tierno corazón y tan malvado!

DESD. No me creéis, señor? que Dios me asista!

OTELO. ¿No ha de creerlos? Sí, yo me engañaba;
la vista ciega, la razón perdida,
hallaba en vos la cortesana astuta,
que en Venecia, á favor de la mentira,
su casa abandonó siguiendo á Oteló,
y ántes que esposa infiel, fué mala hija.
Eso mis ojos torpes me mostraban;
eso, señora, mi razón creía.
(Viendo á Emilia, que sale.)
¡Ah! sois vos! confidente misteriosa,
decidme, ¿cuánto os dan por cada cita?
el desprecio, el baldón sólo merece
quien como vos el crimen patrocina. (Vase.)

ESCENA XI.

EMILIA, DESDÉMONA.

EMILIA. ¿Qué ha dicho ese hombre, señora,
¡yo creo que deliraba!
pero ¿qué tenéis? ¡Dios mío!
¿qué os sucede? ¡estáis muy pálida!

DESD. ¿Ha sido un horrible sueño?

EMILIA. ¿De qué proviene su rabia?

DESD. ¿Qué?

EMILIA. ¿Por qué so irrita?

DESD. ¿Quién?

EMILIA. El general; yo esperaba
hallarle al volver, tranquilo,
sosegado!

DESD. ¡Calla! calla!
sólo puedo á tus preguntas
dar respuesta con mis lágrimas!
Pon sobre el lecho esta noche
mi traje de desposada,
y dí á tu esposo que venga,
hablarle quiero. (Vase Emilia.)

La sacra
mano de Dios me condena
porque ciega, enmorada,
dejé el amor de mi padre
por el amor de mi alma.
Pero tan triste recuerdo,
reconvención tan amarga,
partir de Oteló debieran?
no; la sospecha aunque falsa,
derecho, ménos Oteló,
tienen todos de obrigarla;
pero él ¡qué he dicho! qué he hecho!
¡cuál, Dios mío, fué mi falta!

ESCENA XII.

IAGO, EMILIA, DESDÉMONA.

IAGO. ¿Me habéis llamado, señora?
¿qué ordennis?

DESD. No me acordaba
¿qué sé yo? Decidme, Iago,
¿no es cierto que cuando trata
de reconvenir un padre
á un hijo, son sus palabras
dulces y tiernas caricias
mezcla con las amenazas,
porque quiere castigarle,
y sin embargo, le ama!
Eso debió hacer Oteló
conmigo; si de la infancia
las armas son la flaqueza.
tengo yo acaso otras armas

IAGO. ¿Pues qué os ha dicho?

EMILIA. Ese puro
corazón que idolatraba,
ha desgarrado con fieros
insultos y con villanas
ofensas.

IAGO. Dios nos socorra!
Y no conocéis la causa
de su furor?.

DESD. Dios lo sabe!

EMILIA. Plegue al Señor que no salgan confirmados mis recelos ni mis sospechas fundadas.

IAGO. ¿Pues qué creois?

EMILIA. Que un villano por rencor al Moro engaña, por ambicion le alucina, y le adula por venganza.

IAGO. No puedo abortar la tierra monstruo tal.

DESD. La soberana piedad de Dios lo perdono.

EMILIA. Yo no puedo ser tan santa, señora; si los abismos tan fiero monstruo abortáran, ruego al Señor que castigue sus intenciones malvadas, dando su cuerpo á la horca, dando al infierno su alma.

IAGO. Señora!

EMILIA. ¡Si yo supiera quien es! ¡si yo adivinára donde se oculta! tal vez es el que con refinada astucia os hizo dudar de mi honor puro y sin mancha. ¡Ah villanos! ¡Ah traidores! que se ocullan y se arrastran en el cieno de la envidia y de la ambicion bastarda.

IAGO. No os altereis de ese modo, callad! (Ap.) ¡Mujer insensata!

DESD. ¡Iago! el recelo sombrío de mi marido me espanta. Id á buscarle, decille que aunque me humilla y me agravia su desvarío perdona el firme amor que me abraza. Que podrá al ciego delirio de su terrible venganza, el alma salir del cuerpo

pero no el amor del alma.

IAGO. Sosegaos. Aquí llega

ESCENA XIII.

Los MISMOS, OTELO, LUDOVICO, acompañamiento.

LUDOV. Señor, por mercedes tantas reconocido os estoy, no permito que á mi estancia me acompañeis.

OTELO. No, dejadme. Viento corro de borrasca que refresca mi cabeza. (Oyese á lo lejos ruido de tempestad.)

LUDOV. Negra tempestad avanza, retiraos, que ya es tarde. Adios, prima, hasta mañana! (Éntrase en el palacio con su acompañamiento.)

OTELO. Desdémona?

DESD. ¿Qué ordenais?

OTELO. Subid.

DESD. Señor!

OTELO. Sin tardanza! No os acosteis. Esperadme, voy al punto; que no haya nadie en vuestro cuarto, ¿ois?

DESD. Muy bien, señor.

OTELO. No hagnis falta. (Váase Desdémona y Emilia por el palacio. La tempestad va creciendo hasta el fin del acto.)

ESCENA XIV.

OTELO, IAGO, despues RODRIGO, luego CASIO.

OTELO. Tormenta que en el espacio retumbas sorda y lejama y el rayo que da la muerte dentro de tu seno guardas, como tú en mi corazón sordas tempestades bramau,

tambien oculta mi seno
el ruyo de la venganza!
Iago!

IAGO. ¿Qué mandais?
OTELO. La hora

se aproxima.—¿No oyes nada?
Pasos siento.

OTELO. Será Casio?

IAGO. Tal vez!

OTELO. Muera pues. (Relámpago.)

IAGO. Se engaña
vuestra impaciencia.

OTELO. ¿Quién es?

IAGO. Rodrigo.

OTELO. ¿Qué quiere?

IAGO. Trata

de ayudarnos.

(Oteló se oculta en la selva. Rodrigo se acerca.)

¿Quién va?

ROD. Iago!

IAGO. ¿Rodrigo sois? Esas tapias
os guardezcan. Cuando pase
sacad sin temor la espada
y hundidla en su corazon.

ROD. ¿Creéis que vendrá?

IAGO. Ya tarda;

¿estais contento?

ROD. No mucho;
vao que hay razones hartas
para obrigar en el pecho
re celo y desconfianza.

IAGO. Id á vuestro puesto.

(Rodrigo se oculta detrás de las tapias del palacio.)

Tanto

he envenenado la llaga
de su corazon, que Oteló
no duda: la hora es llegada.
Ó Rodrigo mata á Casio
ó Casio á Rodrigo mata;
de cualquier modo me libro
ó de un rival que me ultraja
ó de un acreedor que cuentas

vendrá á pedirme mañana.
¡Ah! la muerte de los dos
mis esperanzas colmara;
veremos quién sobrevive
y de él mi brazo se encarga.

(Embóznase y se dirige al proscenio. Un violento relámpago ilumina el rostro de Casio, que acaba de entrar en el Jardín. Rodrigo se precipita sobre él y lo tira una estocada. Casio para el golpe con el brazo y acomete á Rodrigo espada en mano.)

ROD. ¡Aquí está! ¡Muere traidor!

CASIO. ¡Alevosía villana!

¡Pide á los cielos que tengan
piedad de tu vida y tu alma!

(Casio arrinconá á Rodrigo y lo tiende muerto de una estocada. Rodrigo cae fuera de la escena.)

ROD. ¡Ah! muerto soy!

(Iago ha desvainado su espada, y á tientas y arastrándose se aproxima donde oyo el ruido de los aceros; al escuchar la voz de Rodrigo tira una estocada, hiere á Casio, y huye. Casio cae.)

CASIO. ¡Asesinos!

OTELO. (Sale de la selva.) Ha cumplido su palabra
Iago. (Acercándose.) Si, este es Casio! ¡Muerto!

Ahora... Desdémona falta!

¡Desdémona! si le vieras,
si á ese balcon te asomáras,

si vieras su sangre vil
por la tierra derramada...

Espérame! tierna esposa,
espérame! mujer casta;

irás con él á juntarte
ántes que despunte el alba.

(Relámpago, trueno. Desenvainando el puñal.)

¡Ruge borrasca sombría!
tempestad violenta, brama!

(Lánzase al palacio y penetra en él con el puñal desenvainado.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Habitacion de Desdémona. Al fondo puerta de la alcoba con el lecho. Puerta derecha. Ventana izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DESDÉMONA, EMILIA.

EMILIA. ¿Estais más tranquila? Sí,
su delirio ya ha pasado,
y el general os ha hablado
de otra manera.

DESD. ¡Ay de mí!

EMILIA. Más en calma su razon
y la faz ménos airada.

DESD. ¡Ay! No siempre en la mirada
se refleja el corazon.
¿Sabes qué mo ha dicho?

EMILIA. Qué?

DESD. Que á mi habitacion subiera
y sola en ella estuviera.
¡Yo tiemblo!

EMILIA. Por qué?

DESD. No sé.

EMILIA. ¿Que estuvierais sola?

DESD. Sí;

no quiero desagradarle,
y voy, Emilia, á esperarle
sola.

EMILIA. ¡Sola!
DESD. Sal de aquí;

la órden de mi marido
cumpliré, déjame ahora,
déjame, Emilia!

EMILIA. Señora!

DESD. ¿Por qué lo habeis conocido!
¿Por qué? manantial de bienes
fué su amor del pecho mio,
amo su genio sombrío,
adoro hasta sus desdenes;
le amo con tanta pasion,
que encuentran en sus enojos
ruda belleza mis ojos
y encanto mi corazon.

EMILIA. Teneis el traje de boda
sobre el lecho. (Va á retirarse.)

DESD. Bien está!

(Llorando.)

¡Padre mio!

EMILIA. ¿Llorais?

DESD. Ah!

todo tu quebranto, toda
tu pena renace en mí,
tu cariño abandonó,
de tus brazos me arranqué.
¡padre! ¡qué insensata fuí!

EMILIA. ¿Qué vais á hacer con el traje
de boda?

DESD. Emilia, si muero
ántes que tú, quiero... quiero
que con él se me ahorlaje.

EMILIA. ¡Cielos! ¿perdeis la razon?

DESD. Deseo al sepulcro frio
ir con él.

(Llorando.) ¡Oh, padre mio!
padre de mi corazon!

EMILIA. No lloréis.

DESD. Su ancianidad

en mí su dicha cifraba.

(Pensativa.)

¡Pobre Raquel, pobre esclava,
no te sirvió tu beldad!

EMILIA. ¡Ah, señora, vuestra acerba
pena cese.

DESD. Emilia mia,
siempre á su lado tenia
mi madre á la pobre sierva.
Presa fué de un amor loco
y su amante la engañó;
abandonada vivió...

EMILIA. Vivió?

DESD. Sí, pero muy poco.
Lentamente su tormento
la acabó, ¡cuánto ha sufrido!
me parece que á mi oído
llega su doliente acento.
Oigo su triste cancion,
su lamento doloroso,
cancion de un sauce lloroso
y de una fatal pasion.

¡Ah! la sierva conocia
que el aliento la faltaba,
y aún la pobre murmuraba
su cancion en la agonía.

Esa cancion y esa historia
no puedo dar al olvido,
pienso en ellas, se han asido
tenaces á mi memoria.
Como en la tumba la ví
por su amor perdido, muerta,
así estoy mirando abierta
otra tumba para mí.

EMILIA. (Ap.) Distraigámosla!
(Alto.) Galan

es vuestro primo.

DESD. Y muy rico,
prendas tiene Ludovico
que alto concepto le da
en Venecia.

EMILIA. Si, y yo sé

de dama que tanto lo ama,
que iría por él la dama
al Santo Sepulcro á pié.

(Comienza la música en sordina durante la canción del sauce.)

DESD. (Pensativa, reclinado y á compás de la música.)

*Bajo las hojas que el sauce inclina,
la pobre esclava se arrodilló;*

*con vivo anhelo
suspira y ora;*

alza sus tristes ojos al cielo,

*porque su pena
devoradora
su pecho llena*

de hondo martirio, fiero dolor.

Por llano y selva, por monte y prado

*de su gemido
vaga el rumor.*

¡Su amante es ido!

la abandonó,

¡ay del perdido!

¡ay malogrado

carño tierno, profundo amor!

Cantad al sauce, que se desmaya

de sus lamentos al triste son;

*cantad al sauce, que también llora
cual lloro yo!*

EMILIA. Quisiera quedarme aquí
esta noche.

DESD. *El tronco baña del árbol sùnebre*

un arroyuelo marmurador,

con vivo anhelo

la sierva llora,

haja sus tristes ojos al suelo

porque su pena

devoradora

su pecho llena

de hondo martirio, fiero dolor.

Ya de su llanto brota la fuente,

ya sobre el cauce

se derrama,

ya la corriente

*le arrebató,
mientras el sauce
dobla su frente*

*sobre aquel tierno llanto de amor.
Cantad al sauce, que se desmaya
de sus lamentos al triste son;
cantad al sauce, que también llora
cual lloro yo.*

EMILIA. ¿Qué os parece?

DESD. ¿Qué dices?

EMILIA. (Ap.) ¡Ah! me estremece!

DESD. ¡Ya viene! ya viene! sí.

Partió el ingrato ..

No es esto, mi pensamiento
se confunde... y... (Truenos.) ¿no has oído?
han llamado.

EMILIA. Es el rugido
de la tempestad y el viento.

DESD. Una pena sobrehumana
que apartar de mí no puedo
me aflige—ven—tengo miedo.

(Una violenta ráfaga abre la ventana. Desdémoua es un grito.)

¡Ah! ¿quién abre esa ventana?

EMILIA. Es, señora, el vendabal
furioso que corre. (La cierra.)

DESD. Sí;

vete, yo me quedo aquí
esperándole.—¿Qué mal
esa luz me causa!—Siento
ardientes como una hoguera
los ojos, llorar quisiera!
Si será un presentimiento,
de qué he de llorar?

EMILIA. Señora,
¿por qué esa idea sombría?

DESD. No sabes, Emilia mii,
el peso que siento ahora
en el corazón! (Momento de silencio.)

¡Y qué!

hay mujeres sin virtud
que llevan la ingratitud

hasta quebrantar la fe
que juraron!

EMILIA.
DESD.

Las hay.

¡Oh!

eso es un crimen horrible,

EMILIA.
DESD.

Pero cierto.

Es imposible,

no puedo creerlo, no.

Eso es un pecado inundo,

una infame alevosía,

yo á mi lo no faltaría,

Emilia, por todo un mundo.

EMILIA.
DESD.

Ya lo sé.

¿Tú cierta estás?

esas mujeres existen?

EMILIA.
DESD.

Señora, las que resisten...

No: no quiero saber más;

calla!... pero aquí las dos...

vete.

EMILIA.
DESD.

¿No quereis que aguarde?

No: vete, Emilia, ya es tarde.

EMILIA.
DESD.

¡Guárdeos el cielo! (Vase.)

(Tomando un libro.) ¡Gran Dios!

De ese loco frenesí

que nunca conozca el mal,

tu proteccion immortal

no apartes, Señor, de mí.

(Quédase un rato pensativa, despues.reza en el libro.)

¡Qué noche tan espantosa!

el viento soberbio brama,

y esa moribunda llama

esparce una luz dudosa.

Tal vez porvenir risueño

me espera... sí... cesará

su desden... mi amor... Ya va

apoderándose el sueño

de mí... ¿Por qué su desvío...

cuando yo... en su amor... me jullamo...

si supieras... cuánto te amo...

si tú... Otelo... Otelo miol

(Quédase dormida.—La tempestad continúa; la lám-

para se apaga; queda el teatro no momento á oscu-

ma.—Abre una puerta secreta al fondo y aparece
Otelo con una lámpara en la mano.)

ESCENA II.

OTELO, DESDÉMONA.

OTELO. Por eso es, alma mía, ¹ tú conoces
la verdadera causa que me incita
al sacrificio; y pues la apruebas, debo
aprobarla tambien; con hondas voces
la implacable razon tenaz me grita,
pero ¡ay! á obedecerla no me atrevo!
¡Yo derramar su sangre! da aquel astro
apagar el destello que aún fulgura
sobre esta triste vida en que me arrastro,
y convertir su mágica hermosura
en una yerta estatua de alabastro
tendida en la mármorea sepultura.
(Deja la lámpara sobre una mesa, y echa el cerrojo
de la puerta por donde partió Emilia.)
¡Es fuerza, morirá: mi deber fiero
sabré cumplir; pues me vendió, no quiero
que á otro venda despues; de mi existencia
se aproxima el aliento postrinero;
de Dios á la presencia
llegaremos los dos, y estromecida
oirá y temblando su fatal sentencia!
—Apararé esta lámpara; su vida
apagaré despues!... ¡Oh luz brillante!
mi voluntad te extingue, y extinguida
para que puedas recobrar tu fuego,
sólo mi voluntad, sólo es bastante;
mas si llega á apagarse tu luz pura,
¿quién puede encender luego
el siempre muerto sol de tu hermosura!
¡El destino lo quiso! una maldita
mano toca la planta, la flor torna,
y la inocente flor queda marchita!

¹ It is the cause, it is the cause, my soul.

aún puedo yo aspirar su blando aroma!

(*Dala un beso en la frente.*)

Tu suave tez, tu frente nacarada,

tu labio perfumado

en bálsamo dulcísimo bañado

de la justicia romperá la espada!

¡Otro beso! ¡otro!... el último la impía

fatalidad al exterminio invoca,

la muerte fiara mi pasión te envía,

y el dulce beso de mi amante boca

es el nuncio fatal de tu agonía.

(*rompe á llorar.*)

Necesito llorar!

(*Sosegándose.*) Mi triste duelo

se alivia; voluntad, no estés incierta;

castigo y amo, cual castiga el cielo,

y ama!... de Dios á la justicia apelo.

Su brazo soy.

(*Logándose al sofá y despertándola.*)

Desdémónal! despierta!

DESD. ¡Otelol vos! sois vos?

OTELO. Yo soy.

DESD. Otelol!

OTELO. Yo soy.

(*Sentándose, sin mirarla y con dulzura.*)

¿Hubeis rezado,

Desdémónal?

DESD. Sí.

OTELO. Bien. Y vuestra vida

no tiene mancha ó sombra de pecado

del que no osteis aún arrepentida?

DESD. ¿Qué me queréis decir? no sé...

OTELO. Del cielo

si algun crimen albruma la conciencia,

el perdón implorad, señora!

DESD. ¡Otelol!

OTELO. Y que el cielo os otorgue su indulgencia.

(*Levantándose.*)

Aquí os espero, preparaos os digo.

DESD. Me tierra vuestra calma!

OTELO. Digno es el crimen de mayor castigo,

pero no quiero yo que muera el alma.

DESD. ¿Hablaís de crimen y de muerte? Creo,
espero... que yo... no...

OTELO. Lo crees?... lo esperas?

DESD. ¡Sálveme Dios!

OTELO. Amen; es mi deseo. ¹

¹ Es la representación se dice:

DESD. Sálveme Dios!

OTELO. Es ese mi deseo.

Pero en la obra inglesa

Amen! with all my heart.

Tiempo llegará en que se pueda pronunciar en la escena esta palabra sacramental que Shakspeare ha puesto con señalada intención en boca del Moro.—Otelol es un ferviente cristiano, así lo demuestran muchos rasgos de su carácter; en esta escena se considera el ejecutor de su invariable resolución: desde el verso

Yet she must die, else she'll betray more men!

¡Es fuerza! moriré.....

pues me vendió, no quiero

que á otro venda despues.

Desde este momento se cree un pontífice, un sacrificador que solamente puede conceder á la víctima el tiempo necesario para su última oración; Otelol guarda en su corazón tesoros de fe y de amor.—Una vez dice:

I would not kill thy soul.

«Pero no quiero yo que muera el alma.»

Otras:

This sorrow's heavenly, it strikes, where it dath love.

«Castigo y amo, cual castiga el cielo y ama.»

Tan lleno está de fe, tan convencido de que su crimen la condena, que

«No lin da lograr el llanto ó juramento
que falte á mi deber!... per el tormento
sin fin que las entrañas me devora.»

Todo es en él fervor religioso tan ardiente como su amor.—Estos rasgos preparan á un público atento y reflexivo á que escuche como expresión del último deseo la palabra final de toda oración, con la que los cristianos identifican y unen sus ruegos: última palabra que concede á aquella mujer criminal, á quien

DESD. ¿Por qué, señor, vuestras miradas fieras
se fijan sobre mí? ¿por qué los ojos
revolveis, y siniestros y sombríos
indicios dan de cólera y enojos?
¿Quo os he hecho yo? los pensamientos míos
todos sabeis, señor; no están vedados
para vos los secretos de mi mente,
vos tenéis de mi pecho los candados;
debo tranquila estar, soy inocente;
y no obstante los golpes reiterados
del corazón estremezido, oprimen
mi pecho, y tiemblo!

OTEL. Piensa en tus pecados!

DESD. ¡Mis pecados! amaros es mi crimen.

OTEL. Tú amor!

DESD. Como él Oteló no se halla
en alma de mujer.

OTEL. Ah! calla! calla!
por eso crimen mueres.

DESD. Con agravios
de mi pasión el delirante exceso
promiéis, señor! ¿y me matais por eso?
¡morir por mucho amor! Pero los labios
os mordeis y callais! Estremezido,
con ímpetu violento
va vuestro desbordado pensamiento
por la ciega demencia conducido.
¡Ah, señor! ¡ah, señor! tan fuerte lucha
no puedo resistir.

OTEL. Siéntate.—Escucha.

DESD. (Sentada.)

Ya os escucho, señor.

OTEL. Aquel pañuelo,
donde mi madre, donde mis amores,
le has entregado á Casio.

DESD. Por el cielo
no es verdad!

no pueda perdonar en esta vida, pero por la que ruega á Dios
que la absuelva en la otra.

(Nota del conde Alfredo de Vigny.)

OTEL. ¿No es verdad! á los horrores
de ese amor insensato en que delira
tu alma por los hados condenada,
añades ¡dodichada!
el execrable horror de la mentira!
¡Cuán tarde á conocerte
llegué!

DESD. No es cierto.

OTEL. Mira,
en el tálamo aquel está la muerte;
no perjures!

DESD. ¡Dios mío!

OTEL. ¡Cómo tiembas ahora!
¡cuál se retrata tu perjurio ímpio
en tu faz; no lo niegues, no, traidora;
¿y qué importa que niegues? jura ó llora;
no ha de lograr el llanto ó juramento
que falte á mi deber; ¡por el tormento
sin fin que las entrañas me devora!
Vas á morir!

DESD. Piedad ¡Dios soberano!
piedad, Oteló! El sentimiento humano
de la amistad al capitán me ha unido;
mas con liviano amor ni torpe dolo
jamás, jamás, señor, os he ofendido;
importuna con vos por él he sido,
sólo por gratitud, por piedad sólo!
¿Qué hallais en esto, Oteló, que os ofenda?
¿ocasion procuraré? ¿le he dado prenda?

OTEL. ¡Prenda! ¡prenda! ¡oh furor! esa palabra
torna mi corazón como el acero;
¿dónde hay atrevimiento más villano!
Al cielo pide que sus puertas te abra.
que ya llega el instante postrimero
de tu existencia.—El fiendo ví en su mano!
DESD. ¡Vos! le ha hallado tal vez! Señor, llamalle
él os explicará...

OTEL. ¡Desventurada!
que mi honor ofendió dijo su labio.

DESD. ¡Miente! no os detengais, partid, buscad!
no me hará en mi presencia tal agravio.

OTEL. Es inútil; su boca está cerrada

para siempre, Desdémona; sus ojos
apagalos; su sangre congelada;
ya no hay de él sino miseros despojos!

DESD. ¡Ah! mi terror lo explica! ¡Ha muerto!

OTELO. Ha muerto
por su maldad, por la venganza mía;
y aunque soliera del sepulcro abierto,
otra vez y otras mil le mataría.

DESD. ¡Infeliz lo han vendido! (llorando.)

OTELO. (Con gran furor.) ¡Haces alarde
de tu pena ante mí! ¡Le lloras!

DESD. (Aterrada y huyendo.) ¡Cielo!
no me mateis!

OTELO. (Cogiéndola de un brazo.)
¡Infame! infame!

DESD. ¡Oteló,

OTELO. sólo un día! una hora!...
No: ya es tarde!]

(Arrástrala al lecho y desaparece con ella, ocultando la acción el cortinaje, que queda cerrado.)

ESCENA III.

Los MISMOS, EMILIA.

EMILIA. (Fuera.)
Abrid pronto, abrid, señor.

OTELO. (Sale con la vista extraviada y vacilante.)
¡Llaman! ¡vengarme logré!
¡venganza! justicia fué.
Sin mancha queda mi honor.

EMILIA. ¡Abrid!

OTELO. Llaman á esa puerta!
¡ah! respira todavía...
no, no, Desdémona mía!
¡pobre Desdémona! ¡muerta!
¡muerta! ¡cumplí mi deber!
Es Emilia! ¡quiere entrar!
¡quiere á mi mujer hablar!
pero... ¡tengo yo mujer!
Desdémona! estaba escrito!
la maté... no me arrepiento...

¡oh funesto pensamiento!
¡día maldito! maldito!
¿Por qué no se arden los mundos
al fuego de las centellas!
¿por qué no caen las estrellas
en los abismos profundos!
(Corre las cortinas del lecho y abre á Emilia.)

EMILIA. Rodrigo ha muerto, señor,
su cadáver...

OTELO. Basta ya!

EMILIA. Casio vive!

OTELO. (Con ira.) Vive!

DESD. (Desde el lecho con voz apagada.) ¡Ah!

EMILIA. ¡Qué grito!

OTELO. ¡Un grito!

EMILIA. (Descorriendo las cortinas del lecho.) ¡Qué horror!
Desdémona!

DESD. (Con voz desfallecida.) Injustamente...
asesinada...

EMILIA. ¡Fué el Moro?...

DESD. No... fui... yo!... di... que le adoro,
dile... que muero... inocente. (Espira.)

OTELO. ¡Qué ha dicho! ¡que yo no fui!

EMILIA. Sí.

OTELO. ¡Eso ha dicho! la inspira
Satanás! miente! mentira!
yo he sido! yo he sido, sí!

EMILIA. ¿Por qué?

OTELO. Á su deber infiel...

EMILIA. ¡Ella!

OTELO. Mi honor ha vendido.

EMILIA. ¿Quién lo dice?

OTELO. Tu marido.

EMILIA. ¿Y qué imagináis que es él!

OTELO. ¡Qué es! ¡qué es!

EMILIA. Le creí...
imbécil!

OTELO. (Echando mano á la espada.) ¡Por Belcebú!

EMILIA. (Dejando caer las cortinas del lecho.)
Cuándo has merecido tú
el amor que te tenía!
Fálteme el cielo divino

si á denunciarte no corro.
(Se dirige á la puerta y grita.)
¡Favor! socorro! socorro!
el Moro es un asesino.

ESCENA IV.

Los MISMOS, LUDOVICO, IAGO, CASIO, que se queda detrás,
acompañamiento.

EMILIA. ¡Ah Iago! ¿sois vos? Venid
que á tiempo llegais, señor.
¡Os acuso de impostor!
Mis palabras desinientid.
Mirad.

(Descubre las cortinas del lecho.)

Todos. ¡Oh crimen!

IAGO. (Ap. á Emilia.) ¡Oh cielo!
Señora! silencio!

EMILIA. No!
Iago! Iago la mató.
él me arrebató el pañuelo.

OTELO. ¿Qué decis?

IAGO. Calla!

OTELO. Habla!

EMILIA. Si...
se perdió... yo lo encontré,
me lo quitó... yo no sé,
no sé cómo se le di.

OTELO. (Absorto.) Desdémonal y yo!... ¡oh destino!
mi mano! mi mano impial!
(Arrojándose desesperado en el lecho.)

¡Esposa mía! alma mía!
yo soy!... yo soy tu asesino!
Vuelve en tí en tu corazón
tesoros de amor escondes.
Desdémonal no respondes!
háblame por compasión.
Abre esos ojos, destellos
de tu amor casto y purísimo;
embriágame en el dulcísimo
aroma de tus cabellos.
Llorando estoy á tus piés

mi corazón desgarrando;
no me ves que estoy llorando?
di, ¿no me ves? ¿no me ves?

EMILIA. Lloro, sí, Moro feroz,
llora en su lecho de muerte,
porque aunque no se despierte
al sonido de tu voz,
hasta el fin de tu existencia
serán sus yertos despojos
espanto para tus ojos,
fantasma de tu conciencia.

(Oteló se levanta aterrado con las palabras de Emilia,
va andando hacia atrás y acercándose á Iago sin
verle.)

Del cielo la maldición
implacable te persiga!

(Arrojase sobre el cuerpo de Desdémona.)

¡Desdémona! tierna umiga!

OTELO. ¡Se extravía mi razón!

(Volviendo la vista trópicamente con Iago.)

¡Iago! ¡Iago! ¡miserable!

¡miserable!

LUDOV. Qué locura!

OTELO. ¿Te has creído por ventura
invencible! invulnerable!

(Precipitase sobre él puñal en mano, pero le detiene
Ludovico y los que le acompañan.)

Dejálme! al cielo te plugo
que le mate!

LUDOV. Morirá.

OTELO. ¿Morirá y cómo será?

LUDOV. Por la mano del verdugo.

(Al acompañamiento.)

¡Llévadle!

OTELO. Esperad... no sé...
yo deseo antes que muera...

¿Por qué esa venganza fiera?

di, monstruo, por qué? por qué?

IAGO. ¿Por qué? Nunca subreis nada;
contentaos con mi vida;
si la mía está perdida,
la vuestra... desesperada!

7
2. 11

Vamos! (Se lo llevan.)
OTELO. Vamos!
LUDOV. (Deteniéndolo.) ¿Dónde?
OTELO. Síento
que á la suerte no lo plugo
hacerme... hacerme verdugo
para aplicarle el tormento.
LUDOV. Cómo!
OTELO. No lo habria igual
al suyo!
(Siguiendo con la vista á Iago, va á Casio.)
¡Casio! ¡ay de mí!
CASIO. Señor, ¿en qué os ofendi?
¿que os hizo yo, general?
OTELO. Dadme los brazos! (Casio le abraza.)
(Llorando.) ¡Oh Dios!
Casio!
CASIO. Calmad vuestro duelo.
OTELO. ¡Casio!
LUDOV. Y en Venecia, Oteló,
¿qué van á decir de vos?
OTELO. ¿En Venecia?
(Comienza el extravío de su imaginación.)
Sí... Escribid
al Dux... y si me desprecia,
id, Ludovico, á Venecia
y lo que visteis decid.
Decidle que tengo honor;
que quitármele queria
de una mujer la falsia...
¡no! que fué mortal mi error!
Que la maté! ¿qué es matar!
con toda mi alma la adoro;
¡ay! sí, yo que nunca lloro,
hoy no hago más que llorar.
Que muerto mi honor crol;
que mi muerto honor venga,
y que el puñal la clavó
en el corazón... (Clávase.) ¡Así!
(Cae muerto.—Telón rápido.)

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 9 de Diciembre de 1867.

El censor de teatros,
NARCISO S. SERRA.